

ALMA GUILLERMOPRIETO

¿SERÁ QUE SOY FEMINISTA?

LITERATURA RANDOM HOUSE

¿Será que soy feminista?

Alma Guillermoprieto

LITERATURA RANDOM HOUSE

Para las que pelean

El único texto explícitamente feminista que he escrito se publicó hace algo más de cuarenta años en una revista de México, mi país. La revista se llamaba *fem,* y a lo largo de casi tres décadas fue punto de convergencia para una buena parte del feminismo mexicano. Mi artículo, escrito en colaboración con una amiga, era una denuncia apasionada de los infames cómics para hombres que se vendían por aquel entonces en los estanquillos del país, llenos de dibujos procaces que ilustraban recurrentes fantasías de violación y engaño. No pocas veces las protagonistas terminaban muertas, despatarradas en un charco de sangre, con un tiro en el pecho. Despatarradas con heridas múltiples de cuchillo. Despatarradas después de un suicidio con barbitúricos. Siempre despatarradas, y con la entrepierna de la pantaleta mirando al lector.

Eran unos pasquines impresos con tinta barata en papel corriente, y nutrían lo que parecía ser el hambre inacabable de muchos hombres mexicanos por ver a mujeres —siempre amplias de carnes, casi siempre dibujadas con las nalgas prominentes volteadas hacia el lector— en situaciones de humillación. Había estanquillos especializados en la venta de números atrasados de estos librejos, y hasta en los puestos mejor surtidos, que vendían revistas de política, novedades y hasta literatura, los pasquines ocupaban siempre un lugar de honor. Yo no los podía ver sin sentirme agredida, y por agredida, furiosa. Llevaba desde la adolescencia soportando muda el diario manoseo, las nalgadas, los pellizcos, los acosos, las insinuaciones que tantos hombres de la Ciudad de México se sienten obligados a brindarles a las mujeres que comparten el espacio público con ellos. No tengo a la mano el texto que escribimos mi amiga y yo, pero sé que, más que un ensayo o

una denuncia, fue un arranque envenenado, una especie de venganza.

Hoy, recordando aquel texto, me doy cuenta de que habría quedado mejor si yo hubiera contado con un fundamento teórico, o histórico, de feminismo, para darle un poco más de contexto a tanto enojo. Como no tengo estudios universitarios y soy muy poco dada al pensamiento abstracto, lo que escribimos mi amiga y yo seguramente fue bastante candoroso y simple. Pero se trató de un texto sincero también. Y sí, furioso, como correspondía a la realidad. No sé mi amiga, pero después de verlo publicado sentí no tanto la alegría de una autora novata, sino cierta calma, como la que tal vez sienta la mujer maltratada que por fin le vacía la pistola a su agresor. Tal vez sea el caso que todo lo que he escrito a lo largo de los años ha tenido algo de desafío y venganza, no lo sé. A lo que voy es que escribí aquel texto no por feminista sino por ofendida. ¿O será que para reconocerse feminista hay que comenzar por reconocer un daño propio?

Mis lecturas de teoría feminista las hice todas por aquella época, entre los veinte y los treinta años. Fueron más bien pocas, por lo que ya dije: la teoría me cuesta mucho trabajo. Aparte de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, leí los libros y artículos de las autoras que levantaban mayor revuelo en esos años iniciales de lo que se llamó el movimiento por la liberación de la mujer —Andrea Dworkin, Betty Friedan, Gloria Steinem, la australiana Germaine Greer—. Toda autobiografía es una novela —no hay que fiarse nunca de la memoria— pero me recuerdo leyendo a esas autoras como si fuera de reojo, a salto de mata y con cierto sentido de culpa.

Vivía inmersa en la espuma de la revolución socialista. Era la época de las dictaduras y las guerrillas en América Latina, y la aventura y el romance de la epopeya revolucionaria eran lo que me interesaba de verdad, aun cuando, sin que nunca se dijera de forma abierta, la revolución se concebía como tarea de hombres. El feminismo estaba en el aire en las universidades y los medios, primero como brisa y luego como huracán, pero quienes vivieron esa época recordarán que los revolucionarios desconfiaban profundamente de la insurrección de las mujeres, y su desaprobación me inhibía. Se escuchaba la marcha compuesta por un cantautor mexicano, José de Molina, que exhortaba: «¡A parir, madres latinas! ¡A parir más guerrilleros!», y aunque me parecía repulsiva esa exaltación de la mujer como máquina reproductora, no fue sino hasta muchos años después que tuve la necesaria autoridad moral frente a mí misma para admitirlo. En la época en que salió la canción, si en los grupos de estudio alguna mujer protestaba por el sexismo insidioso de nuestros debates —«Compañero: ¡siempre les ceden la palabra primero a los hombres, y nos interrumpen siempre a las mujeres!». «¿Por qué no podemos hablar sobre el aborto?». «¡Hay que incluir el tema de la discriminación de género en el pliego de demandas laborales!»—, los compañeros escuchaban con espíritu democrático y hacían autocrítica, hasta que por ahí por el cuarto o quinto reclamo de parte de alguna compañera, ellos, luchando por esconder la irritación, se escudaban detrás de esta contrapregunta infranqueable: «¡Compañeras! ¿Qué es más importante: la Revolución o los problemas de las mujeres?».

Qué pregunta estúpida, ¿no es cierto? Pues yo la consideraba con toda seriedad.

Seguí dudando si el error estaba en el machismo de ellos o en las desviaciones pequeñoburguesas nuestras, mientras escritoras como Germaine Greer insistían en que nuestro cuerpo es un cuerpo encarcelado por el patriarcado, en que nuestro placer sexual es *nuestro*, y no de ellos, y en los mil pasquines feministas que se publicaron en esas décadas se repitió una y otra vez que discutir sobre quién debe limpiar el inodoro o tender la cama es discutir sobre órdenes de jerarquía y poder. Ese inmenso descubrimiento se resumió en una frase tan famosa que nadie supo quién la escribió primero: *lo personal es político.* Resultó una verdad tan innegable que poco a poco se fue colando hasta en los círculos de estudios marxistas y demás conversaciones revolucionarias.

Pero si a mí, ferviente prorrevolucionaria, me parecía un honor que un guerrillero se quisiera ir a la cama conmigo, ¿para qué discutir sobre patriarcados?

Esa era mi relación con las teorías marxista y feminista. Como si hubiera un Papá Marx con una esposa insubordinada y feroz que se llamaba Mamá Feminista. Y el pobre Papá Marx meneaba la cabeza con tristeza y trataba de que Mamá Feminista entrara en razón, y ella se le reía en la cara y se iba a la cama con una cualquiera porque, claro, era bien sabido que todas las rebeldes éramos —he aquí el insulto— lesbianas vergonzantes.

Mamá Feminista: una loca.

Y yo quería que mi papá me quisiera, y procuraba que Papá Marx no tuviera motivo de enojo.

Y sin embargo, desde la adolescencia crecí reacia al sojuzgamiento como los gatos a la disciplina. Para desesperación de mi padre, y de mí misma, no aceptaba órdenes, ni hora de llegada a casa, ni peine para aplacarme el pelo. Él me gritaba que yo era una cabra, indisciplinada, desobediente, ¡igualita que mi madre! Y yo pensaba en cuán feliz sería si pudiera ser igualita a mis parientes y usar tacones, hacerme el manicure en el salón y tener novio con carro, en vez de andar por ahí en compañía de pintores borrachos y pendencieros. Total, no tuve remedio, y así seguí por la vida, despeinada y atormentada por vivir en una época en que no saber cómo ser mujercita era ofender al orden social.

¿Han notado la contradicción, compañeras? Era rebelde por naturaleza, pero no contaba con las armas para asumir la rebeldía. Y entonces sufría.

Mal equipada para los conflictos, nunca alcancé a llevar a buen término el tortuoso proceso de discusión con una pareja sobre por qué dejaste tu ropa tirada en el piso; por qué yo siempre soy la que tengo que preparar la cena; que no, que la decisión de dónde vamos a vivir no es solo tuya; que no, que no puedes quedarte ahí callado mientras yo te reclamo tanto silencio. No estoy diciendo que esos pleitos me certificaran como feminista. Digo simplemente que nunca fui capaz de negociar, en el terreno de lo doméstico, los conflictos que se dieron en las guerras de poder entre los sexos a partir del feminismo (*lo personal es político*). Ni tampoco logré sobrevivir con el poco oxígeno emocional que les permitía el machismo a los hombres mexicanos de mi generación. Mala como soy para pelearme, una y otra vez saqué a las carreras mi ropa del clóset, la metí en una maleta y pedí un taxi. Hay

parejas que pelean más y son más felices, porque saben decir lo que sienten y lo que quieren. Ese talento no fue mío, y no sé —sinceramente no sé— si la falta se deba solo al acondicionamiento de género, pero algo tuvo que ver.

¿He sido feminista o no? Siendo escritora no he escrito ningún texto feminista, salvo aquel primer artículo sobre los cómics. No asisto a mítines —y no importa que en general no asista a reuniones políticas de ningún tipo ni sea militante de nada; importa que no he asistido y seguramente nunca asistiré a una reunión feminista—. Dejé de leer sobre la opresión de género hace décadas, y aunque siempre he dado por hecho que mis ideas sobre lo que es ser mujer coinciden perfectamente con el feminismo, no he declarado nunca ante mí misma, y mucho menos frente a los demás, *soy feminista*. Lo que debo apuntar, sí, es que si a lo largo de la vida no le he puesto zancadilla a ninguna colega —ni a ningún colega— para conseguir un reportaje o una entrevista, ni he coqueteado para conseguir favores, ni he usado el maquillaje como una máscara para salir al mundo, ni me he casado para no quedarme sola, ni he esquivado un desafío porque ese trabajo o ese estado civil o ese esfuerzo «no le corresponde a las mujeres», ni me he dejado vencer por el miedo de ser diferente a las demás; si en mis textos la voz protagónica ha sido tantas veces la de las mujeres, y si me he rodeado de colaboradoras y/o colaboradores sin que se me ocurra nunca que un hombre seguramente es más capaz (o menos capaz) de hacer tal o cual oficio, supongo que es porque he asimilado de la verdadera revolución más grande de nuestros tiempos lo que podríamos llamar una *ética feminista.*

Más tarde intentaré definir cuál es esa ética. Por lo pronto me falta hacer una aclaración: este ensayo, este esfuerzo por entender mi propio pensamiento, surge indirectamente de una charla pública en un festival literario con una reconocida escritora que al mismo tiempo es gran impulsora del feminismo.

No es que importe ahora, pero por dejar todo claro, apunto que me preparé cuidadosamente para la conversación que debía tener con la excelente novelista: leí (con alegría) las obras completas de la escritora, y pensé en preguntas que la hicieran hablar de su historia, de sí misma, de sus procesos de creación. Como escritora que soy, sé del íntimo dolor que provoca que, en las obligatorias entrevistas que hay que dar, toque padecer no solo la infinita tortura de las fotos, sino contestar preguntas formuladas por quien evidentemente no ha leído ni uno de nuestros textos. De manera que leí todas sus novelas, sus cuentos cortos, y también dos breves textos sobre feminismo de su autoría. El mismo día de la presentación me enteré de que esos dos textos se venden en América Latina y en España diez veces más que todas sus novelas juntas. Entonces me dije: vamos a hablar de sus libros, a ver si vendemos algunos más.

La charla generó disgusto: no con ella, conmigo. No fue enteramente mi culpa: hubo que dar cabida a tanta gente en el teatro que arrancamos con más de quince minutos de retraso. Dentro de la hora que teníamos asignada, a la autora le tocaba dar una miniconferencia de veinte minutos sobre otro autor. Como los horarios de los teatros siempre son estrictos, acabamos contando con veinticinco minutos para la charla. Para colmo, yo tenía que tomar un vuelo inmediatamente

después de nuestro encuentro, y debido al retraso se me estaba haciendo tarde. El hecho es que se me reclamó haber llevado la conversación por la vertiente de la literatura, y no de la situación de las mujeres. Podría decir que fue por falta de tiempo y no por haberlo decidido así, pero debo hablar sin disfraces: si hubiera contado con la hora completa, ¿habría llevado la conversación hacia el tema del feminismo? Tal vez no. Hubiera querido mucho más preguntarle a la escritora, entre otras cosas, acerca de la relación que se da en sus novelas entre sus protagonistas y los hombres. Ni doy por hecho que la novelista hubiera preferido hablar sobre feminismo: los escritores lo que queremos casi siempre es hablar de nuestros libros. O para ser más precisa: lo que queremos es escuchar con beneplácito mientras alguien alaba nuestra obra frente a un inmenso público. Eso sí que es placer; qué sexo ni qué nada.

Pero me he desviado del tema con tal de hacer un chistorete fácil. Aterrizo en la pregunta: ¿las feministas tienen la obligación de hacer del feminismo su preocupación prioritaria? Y si no prioritaria, ¿por lo menos explícita? Creo que ha de ser una buena pregunta, puesto que no sé la respuesta. Pero tengo algunas ideas que cabrán más adelante dentro del tema de la ética. El caso es que un nutrido contingente de mujeres salió bastante enojado conmigo por la entrevista y expresó su enojo en redes sociales. Cuestionaban que una señora como yo, que no sabía nada de feminismo, hubiera sido la encargada de entrevistar a la autora de textos feministas que —con razón— les significaban tanto.

Como yo no participo en ninguna red social —tendría que explicar por qué, pero no es el momento— no me enteré del

reclamo hasta después. Primero me tocó el turno de enojarme yo, y luego me calmé. Y cuando me calmé, me cuestioné. ¿Por qué había fallado la comunicación con un grupo de mujeres cuyas vidas y cuyas luchas siempre me han importado tanto? ¿Será que de verdad soy antifeminista? ¡Pues por supuesto que no! Pero ¿será que soy feminista? ¿Qué quiere decir ser feminista? ¿Cómo es una feminista en el mundo de hoy, en nuestros países de acá del sur, en nuestra situación?

Así, rumiando la pregunta mientras lavaba los trastes del desayuno o hacía ejercicio o veía, distraída, alguna película, me puse a pensar. Y como no sé pensar sin escribir, fueron saliendo estas páginas. Las ofrezco a las mujeres que nunca quise ofender, y a aquellas otras —espero que sean las más— que sin enojo conmigo simplemente quieran leer un texto sobre la revolución más grande que se ha dado desde que, en algún pasado remoto, una mitad de la humanidad fue sometida por la otra mitad.

1

De joven, en Nueva York, posé desnuda algunas veces para un fotógrafo por la tarifa estándar de la época, siete dólares la hora, cantidad que me aseguraba los pasajes de la semana. Las sesiones en el apartamento del fotógrafo, con su mujer preparando la cena al lado del estudio donde trabajábamos, fueron siempre respetuosas y de tono tradicional: el artista y su modelo, el oficio de captar la belleza del cuerpo femenino, de estudiar el cuerpo humano en movimiento, etcétera. Siempre he sido insegura y pudorosa, y he pensado que la incomodidad que me quedaba después de las sesiones de modelaje se debía a ese pudor, y que las amigas que también complementaban sus pocos ingresos posando para clases de dibujo o de fotografía lo habrán hecho más desparpajadamente que yo, e incluso con picardía. Pero ahora detecto un factor de mi incomodidad que no tenía que ver con la inseguridad sino con la observación: ¿por qué siempre teníamos que ser mujeres las que posábamos? *¿Dónde carajos estaban los hombres?*

Sí, ya sé: también posaban hombres, aunque muchos menos. ¿Tengo que explicar la diferencia? ¿Que los hombres que posaban no se habían pasado la vida, o una adolescencia mexicana como la mía, constantemente desnudada por la mirada de los hombres, u ofendida por una nalgada de cualquier transeúnte, o aterrada ante la mano que algún anónimo empujaba a la carrera debajo de nuestra falda al bajar del bus?

Miren aquí una foto tomada en la Ciudad de México en los años cincuenta.



En un tiempo, la imagen, del gran fotógrafo Nacho López, se veía como una prueba de lo irresistible que puede ser la belleza femenina. La modelo tenía diecisiete años cuando López le pidió que caminara por una calle de la Ciudad de México y fue reratando su paseo sin que ella se diera cuenta. Lo primero que me llama la atención es lo apretada que tenía que ser la faja que traía puesta la mujer para poder lograr una cinturita así. ¿Podía respirar bien? ¿Los piropos que le lanzaron habrán sido todos halagadores? ¿O se trató de las insinuaciones y los insultos procaces que conozco tanto? Si los piropos y silbidos fueran cambiados por una agresión física, con esa faja ¿le habría alcanzado el aliento para huir? ¿Será que la foto no es tan grave porque a la mujer que camina la defiende su belleza? ¿Será que a pesar de ser bella se sintió imperfecta, y por imperfecta, fea, y por fea, sumisa? Cuando salía a la calle ¿se sentiría acosada? ¿O más bien se sentiría

feliz de ser tan admirada? Y ¿en qué punto se abre el abismo entre la admiración y el acoso?

¿Estoy segura de las respuestas? No. Estoy segura de las preguntas.

¡Y es que han cambiado tanto las cosas! Gracias al feminismo, el desequilibrio entre el poder de los hombres y el poder de las mujeres se ha modificado tanto, hemos aprendido tanto, somos tanto menos sumisas, que todo, todo, se tiene que mirar de nuevo. Desde el arte del Renacimiento, hasta las películas más inocentes de Marilyn Monroe.



El cuadro de Guido Reni —uno entre decenas que se pintaron hace casi cuatro siglos con el mismo tema— pretende ilustrar un episodio bíblico: la casta Susana se descubre espiada por dos viejos raboverdes mientras se baña. Con el pretexto del tema religioso, el refinado pintor presenta a una mujer voluptuosamente desnuda, y el poderoso comprador del cuadro tiene licencia para, antes de la invención de los videos

porno, regocijarse en sus aposentos mirándola. Pero ¿se contentarían los vejetes solamente con mirarla? El que le hace ademán de guardar silencio ¿no tendrá más bien la intención de violarla? ¿Y no será que el cuadro también le permite al comprador disfrutar de una bíblica y cosquilleante fantasía de violación?



Y en cuanto a la foto de Marilyn Monroe con el cantante francés Maurice Chevalier y Billy Wilder, el director de aquella comedia perfecta, *Some Like It Hot*: ¿Cómo entender la luminosa sexualidad de Monroe si sabemos que esa mujer, esa genio, fue explotada, pasada de mano en mano, usada desde la niñez? («Pasé mucho tiempo de rodillas», le dijo a una amiga, refiriéndose a las obligaciones felatorias que marcaron los inicios de su carrera). ¿Qué hacer con el rumor que dice que fueron tantos los abusos, tanta su humillación, que la diosa del sexo no compartía el placer del sexo?

Y ese vestido, ¿ah? ¿Qué nos parece el vestido?

No sé qué me parece el vestido. Pero entre otras cosas, descubro que me hubiera gustado ponérmelo, y ser Marilyn.

Mirar es pensar; pensar es descubrir.

Hacer la revolución es cambiar nuestra imaginación, y el feminismo ha propiciado, afirmo de nuevo, la mayor revolución desde los inicios de la agricultura. Pienso en la Revolución francesa, que acabó con la monarquía, los siervos, el derecho divino, y no es más importante que esta revolución, que en donde quiera que se alza restituye derechos elementales a la mitad de la humanidad. Pienso en la invención de Johannes Gutenberg, la imprenta, que llevó los libros y el mundo de las ideas por toda Europa, y que marcó el principio del fin del terrible oscurantismo medieval, y no ha tenido más impacto que la liberación de las mujeres del peso carcelario del matrimonio tradicional. Contemplo la obra cubista de Picasso, que acabó durante casi un siglo con las posibilidades de la pintura figurativa, y me parece que su visión no fue tan revolucionaria como la mirada nuestra que nos fuerza, hoy, a reevaluar cada cuadro, cada escultura —para ver en cuáles no nos sentimos un poquito violadas o un poquito asfixiadas—.

* * *

A veces pienso en los reportajes que publicaba la revista de *National Geographic* hace un siglo. Presentaban a mujeres del mundo «primitivo» que contemplábamos con fascinación y horror: mujeres semidesnudas, cubiertas de tatuajes o cicatrices tribales, y con el cuello o los labios deformados por ornamentos extraños. Miro entonces a tantas mujeres de hoy,

sometidas —voluntariamente y las más de las veces a escondidas de las demás— a un sinfín de cirugías de labios, mejillas, nariz, ojos, cuello, nalgas, y ahora hasta vulva, con senos imposibles, embutidas en fajas que asfixian tanto como las de las tatarabuelas, los párpados pintados de azul o morado y el pelo decolorado y estirado, y me pregunto si, en el futuro, nuestros descendientes no se quedarán pasmados ante la imagen que presentamos, al igual que nosotros veíamos a las mujeres de los reportajes de *National Geographic*, como freaks inconcebibles.

Muchas mujeres afirman que no se someten a los tormentos de la moda para agradar a los hombres, no; lo hacen porque les gusta sentirse «bonitas». Pero lo que he escuchado de mis amigas es que sin tacones me siento chaparra (¿con respecto a quién? ¿O por qué es mejor ser alta?). O: sin pestañas postizas tengo ojos de rana; o: con la faja me arma mejor la ropa porque estoy muy gorda. Y yo también, claro, busco el estuche de maquillaje para verme «mejor». No sé si en el estuche también se esconde la voz de los hombres que a estas alturas todavía dicen que las mujeres que no se maquillan ni se pintan el pelo son feas, o desaseadas, y que seguramente no tienen quién se las coja. (¿O no han escuchado alguna vez esa seductora frase?).

Creo que lo dicen no porque una mujer con nalgas postizas se vea más apetitosa que una mujer sin plastiaumentos, sino porque tienen miedo a que nos libremos de su mirada.

* * *

A los seres humanos nos distingue de los demás mamíferos el gusto por el adorno personal. En Europa en el siglo XVI eran los hombres los que usaban tacones altos, se maquillaban y se ponían peluca. Y una vez al año existe, además, en todas las culturas humanas, la explosión de un carnaval (casi siempre en la primavera) en el cual los hombres pueden convertirse en juglares o dioses africanos, o mujeres; las mujeres pueden ser tigres o prostitutas, o diosas, y todes se entregan a la fantasía de ser *otros* con una intensidad calenturienta y alegre que lo permite todo. En esos días carnavalescos las lentejuelas son diamantes, los harapos se transforman en el más fino terciopelo, los hombres caminan con los pies embutidos en los zapatos de tacón más alto como si fueran zancos, y el maquillaje da alas no solo a nuestra belleza interior sino a nuestros monstruos y miedos. Pero no es esa caravana festiva la que me ocupa aquí, sino la obsesión por ser igual de bonita que las demás, énfasis en *igual*.

Para empezar por cualquier punto: ¿podemos hablar un momento de los tales zapatos de tacón alto?

Si no tuviera los pies tan reventados, seguramente estaría echando este discurso desde lo alto de unos zancos tan imposibles como los que usa Angelina Jolie. En estos últimos años muchas mujeres destacadas usan tacones de aguja (que en realidad tienen un aspecto muy agresivo) como señal de desafío. Tal vez es por eso que se me antojan tanto. No los puedo usar, por más que quisiera, pero puedo pensar en ellos, y al pensar, darme cuenta de que los zapatos de tacón alto no solo duelen, sino que deforman.

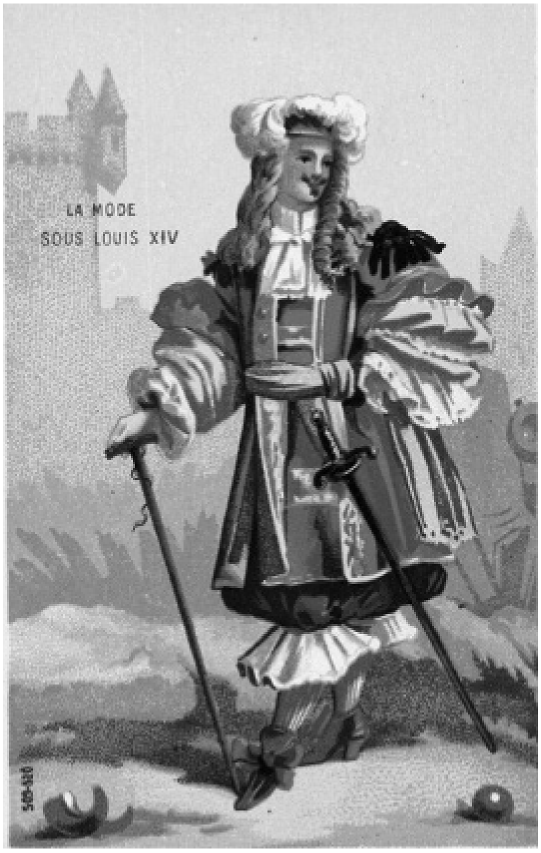
Los tacones hacen que las piernas se vean más largas. Hoy decimos que las piernas largas se ven estilizadas. Antes, en

América Latina, en Francia, en Italia, donde por lo general no somos piernilargas, se pensaba que las mujeres de piernas muy largas se veían desgarbadas, y que lo erotizante eran las piernas carnosas. Pero en Estados Unidos es común que las mujeres blancas tengan piernas largas y delgadas; tanto que desde hace mucho a una mujer considerada bella según el canon anglosajón se le llama «rosa de tallo largo». La transición de las piernudas a las piernilargas marca nuestra adaptación a los patrones de belleza preferidos por el Estado con mayor poder del mundo. Y para compensar nuestra falta, usamos tacones.

¿O no será ese el verdadero motivo? ¿Habremos aceptado con fervor los tacones altos no a pesar de que duelen y deforman, *sino por eso mismo*? Porque lo que les da esa belleza punzante a unas piernas con tacones es que quien los usa está sufriendo. Veo a una oficinista a la hora del almuerzo sorteando los baches y las grietas de las calles de Bogotá en tacones altos, los tobillos tambaleantes, y siento dolor en los metatarsos. Una mujer con tacones de diez centímetros no solo no tiene equilibrio; tampoco puede correr para escapar de un atracador. Una mujer con tacones está sufriendo atrofias importantes en los nervios de los pies, y también, al final de la jornada, está sintiendo dolor. Y ese dolor lo ofrece a la mirada del mundo, o al cazador que en algún lado ella busca: *mira. Esto lo hago para ti.* Esa es la seducción.

Cuestiono la validez de mi propio argumento y me digo: hace cuatrocientos años los hombres franceses de la corte de Versalles que se ponían pelucas absurdas y se maquillaban y usaban tacones no tenían necesidad de ofrecerle su sufrimiento a las mujeres. Por supuesto que no, me respondo. Pero el rey

de Francia que mandó construir Versalles y exigió que toda la nobleza, sin excepción, se fuera a vivir con él allá, en su palacio, lo hizo para tenerlos a todos controlados, lejos de las conspiraciones y entretenidos solo en complacerlo a él. En la moda no es común que las decisiones se tomen con conciencia de sus significados: Luis XIV seguramente no impuso la moda de las pelucas y los tacones como parte de su plan para controlar a su nobleza. Lo hizo porque a él y a sus súbditos les pareció divino vestirse así. Pero el hecho es que, en la corte del Rey Sol, nadie podía escapar de Versalles. La moda de los caballeros era la traducción perfecta de su condición: eran prisioneros de la frivolidad.



Y en el capitalismo, el mercado de la belleza es en realidad un mercado dedicado a explotar la inseguridad que sentimos frente a los hombres: me angustio, luego compro. ¿Poros

demasiado abiertos? ¿Axilas demasiado oscuras? ¿Vulva que huele a vulva? ¿Barritos de la adolescencia? ¿Arrugas producto de años de reír? ¿Estatura demasiado normal? ¿Cola demasiado grande? ¿Cola demasiado plana? ¿Piel demasiado blanca? ¿Piel demasiado oscura? Las cirugías, los tacones, la moderna depilación genital, las dietas martirizantes, las fajas que son un tormento: la moda, el dolor y el control van siempre de la mano.

Me doy cuenta de que no he logrado aportar nada a la solución de una terrible disyuntiva: cómo reconciliar el deseo de ser mujeres físicamente libres, con el deseo de ser deseadas.

2

He leído poco de feminismo, pero no lo digo en son de alarde. Sin Andrea Dworkin, Simone de Beauvoir, Germaine Greer y los innumerables colectivos feministas que en Inglaterra, Francia, Estados Unidos e Italia, principalmente, discutieron y escribieron para intentar definir qué cosa es el machismo, qué es una sociedad patriarcal, por qué surgieron las sociedades patriarcales y los códigos machistas, y por qué ya es absolutamente inaceptable desde una perspectiva moral y práctica que sigamos viviendo en un universo patriarcal, no estaríamos donde estamos. En Italia ha habido filósofas como Mariarosa Dalla Costa y grandes colectivos de mujeres que articulaban su pensamiento con regularidad a través de unos pasquines ultrarradicales para la época. Las mujeres italianas lograron derrumbar una legislación que tendría que haber sido abolida en el siglo VIII. (Ejemplo: hasta 1981, en caso de violación, si el violador se casaba con la víctima, no había crimen que perseguir). Sin las tantas feministas que reclamaron feroz, radical y siempre *exageradamente* el derecho a salir a la calle a trabajar en igualdad de condiciones que los hombres, no se habría transformado el concepto mismo de lo que es ser mujer. En épocas que recuerdo muy bien, las madres aconsejaban a sus hijas que no dejaran abandonados a sus hombres; que por salir a trabajar no dejaran al marido sin el almuercito hecho en casa y los mimos y coqueteos que se merecían al final del día. *Que te encuentre*

siempre arregladita, hija. Si las feministas no hubieran rechazado esa visión indigna, proponiendo las italianas que más bien a las mujeres se nos pagara por el trabajo que hacemos en casa, no habría tantos hombres a los que hoy les parece cosa perfectamente natural lavar su propia ropa y hacerse cargo de la cocina.

(Recuerdo ahora que tuve un enamorado, mayor que yo, seductor y mujeriego desde la adolescencia, que me juró que antes de conocerme no tenía por costumbre lavarse él mismo el pelo, pues siempre hubo mujeres que lo hicieran por él, y con devoción).

Sí. Sin ese gran salto adelante que dimos *todas* las mujeres, impulsadas por las feministas que pensaron, pelearon, discutieron y escribieron libros a nuestro favor, no sería posible escribir las palabras que escribo hoy. Sin la rabia insolente de Andrea Dworkin en contra de los violadores que —argumentaba ella— nos hemos encontrado *todas* en la cama, la agresión física y sexual de los maridos contra sus esposas no habría dejado de ser una cosa *natural* y legal. Sin el libro que publicó Simone de Beauvoir en 1949, *El segundo sexo*, las mujeres no hubiéramos entendido que la mujer que vemos en el espejo es, a un grado que da miedo contemplar, un invento de la sociedad.

Me detengo un poco en Beauvoir: *El segundo sexo* es un libro ambicioso, anticuado en muchos aspectos, y de muy difícil (¡y larga!) lectura. Pero es el segundo libro de la historia en que una mujer, filósofa y pensadora, se piensa a sí misma *como mujer*, e intenta definir, para ella y las demás, qué es la mujer en sí. Y descubre que la mujer es un ser definido por la sociedad, y por una sociedad —el patriarcado— creada por los

hombres, en la que ellos ocupan el lugar de jerarquía. Es un libro brillante que abrió la puerta a todo lo que siguió después: habla de la mujer vista como mito y como objeto no solo por los hombres sino por ella misma; de la sexualidad de la mujer como fuente de atracción y repulsión para los hombres; del acto sexual como violación; del sicoanálisis y su visión machista de la mujer; del trabajo femenino y la desigualdad salarial, del aborto y el derecho a decidir sobre el propio cuerpo.

El libro arranca con una historia exhaustiva de la mujer. Es cierto que es casi exclusivamente una historia de la mujer europea: no se ocupa de la práctica existente hasta hoy entre los pueblos musulmanes del África subsahariana de amputar el clítoris, ni de la antigua práctica del *sati*, que en algunas partes de la India y muchos otros países de oriente obligaba a la viuda a lanzarse sobre la pira funeraria de su marido para morir incendiada a su lado. Tampoco describe la que fue durante un milenio tortura obligatoria para las niñas de prácticamente todas las clases sociales en China: entre los cinco y los nueve años se les iban doblando de manera progresiva los piececitos por medio de vendas apretadas, hasta lograr juntar los dedos con el talón, dejando como resultado el disminuido «pie de loto», famosa obsesión erótica número uno de los chinos (y de los hombres fetichistas de todo el mundo que todavía hoy coleccionan las diminutas zapatillas bordadas, fabricadas para esos pies martirizados).

A cambio, Beauvoir enumera los siglos, los milenios, de tortura institucional a las mujeres en el mundo occidental, empezando por lo que alegremente se conocía como matrimonio (en el que, en gran parte de Europa y hasta

mediados del siglo XIX, la mujer, al casarse, era víctima de lo que se denominaba «muerte legal», pues ante la ley perdía todo derecho como individuo). Beauvoir repasa la pena capital para las mujeres adúlteras, las hogueras en que ardieron las mujeres sospechosas de brujería, el encierro de por vida de las monjas de clausura, la vergüenza que cubría a las que dejaban de ser vírgenes antes del matrimonio, los serrallos llenos de mujeres encerradas y esclavizadas, el espanto que aguardaba (y que en demasiadas partes del mundo espera todavía) a las mujeres que han sido parte obligada de un botín de guerra… En fin, una historia de horror y opresión que Beauvoir cierra en 1949, el año en que el libro salió a la luz.

Esa es apenas la primera parte. En la segunda parte Beauvoir habla, sobre todo, de su idea central: que no sabemos cómo es ser mujer, porque hasta el día de hoy las mujeres hemos sido fabricadas, pacientemente, restricción por restricción, siglo por siglo, por la cultura patriarcal, tal como nos la trasmiten nuestros padres, la escuela, el sistema legal y los hombres a los que nos enseñan a *conquistar*.

A pesar de todo lo que Beauvoir pensó y entendió acerca de esa construcción social que aceptamos bajo el término «mujer» (su frase más conocida reza: «No se nace mujer, se llega a serlo», siguió concibiéndose a sí misma como socialista por encima de todo. No fue sino hasta 1975 que decidió que no bastaba el socialismo para acabar con la desigualdad entre los sexos, y se declaró por primera vez feminista, entendiendo que ser feminista es poner de cabeza todos los antiguos valores éticos, incluidos los del socialismo.

Beauvoir fue una mujer complicada, con ideas sobre el mundo y la pareja a veces de vanguardia (su relación abierta

con el filósofo Jean-Paul Sartre duró medio siglo) y a veces escalofriantes. Sin embargo abrió el camino para todas las feministas que le siguieron, que incluso tomaron de sus ideas hasta los títulos de sus libros (*La mujer eunuco*, de Germaine Greer). Resumiendo, el mensaje central de Beauvoir fue más o menos el siguiente: *los hombres nos ven como objetos —de uso, de placer, de trabajo, de reproducción—. Son ellos los que han construido las sociedades, y estas sociedades existen para amoldarnos en objetos útiles, de tal manera que nosotras también nos veamos como objetos a nosotras mismas.* Se desprende de ahí que la tarea que ella propone sea descubrirnos como sujetos de nuestras propias vidas. O, si se quiere —añadiría yo—, *inventarnos* a nosotras mismas, inventarnos cómo seríamos si este fuera un mundo mejor. Inventarnos para gestar un mundo mejor.

Digo también que el amoldamiento patriarcal es una cosa tan difícil, tan complicada de destruir, que todavía, ¡a estas alturas del siglo XXI! cuando las mujeres volteamos obsesivamente hacia el espejo, es casi siempre para tratar de extirpar lo que llamamos defectos. Nos miramos a nosotras mismas como si fuéramos setos o muñecas —objetos— estudiándonos para ver qué hay que recortar, pegar, pintar, arrancar, estirar, desinfectar, aumentar, perseguir.

Y hay que añadir que en el capitalismo actual nos vemos con ojos amaestrados por la publicidad. Al lado de la imagen de nuestra cara, de nuestro cuerpo, aparece el fantasma de las modelos, las actrices, las reinas de belleza correspondientes al estereotipo físico de la temporada, un estereotipo desarrollado por los y las publicistas para convencer también a los hombres de que *esa* es la mujer que da prestigio desear y poseer.

Contrario a lo que me enseñaron, la inmensa mayoría de los hombres son capaces de enamorarse de mujeres que no se parecen en absoluto a las modelos, las reinas de belleza o las actrices. Pero ya no pude desaprender: cuando me miro en el espejo es con ellas que me comparo y me siento en falta, y cuando prendo la luz del espejo de aumento es para ir de cacería contra los defectos que ahí veo. No nací con esa noción de cómo debo ser, qué aspecto y qué actitudes debo tener para ser mujer; lo fui aprendiendo, como todas, por el camino.



3

Esta ha sido una revolución en cámara lenta que arrancó hace menos de trescientos años. Por ponerle un punto de partida entre mil —y saltándonos a Mary Wollstonecraft, que en Inglaterra publicó en 1792 el radical ensayo *Vindicación de los derechos de la mujer*, ese primer libro en que una mujer se mira a sí misma como mujer y escribe lo que va meditando— podríamos fijarnos, por ejemplo, en una tarde de 1848, cuando en el pueblo de Seneca Falls, estado de Nueva York, se juntó un grupo de mujeres a exigir el derecho a votar. Escribo *se juntó un grupo de mujeres*, y me detengo a pensar lo que eso significó. Se reunieron mujeres no a criticar a sus maridos, ni a tejer chambritas para los bebés, ni a cosechar el arroz, ni a llevar adelante una ceremonia de ablación del clítoris de una niña, ni a tratar de curar las heridas producidas por el látigo a una integrante insubordinada del harem, no: se reunió un grupo de mujeres a constituirse en organización y exigir un derecho. No necesito recordar que en aquel entonces en el mundo entero se pensaba que las mujeres no éramos lo suficientemente maduras, inteligentes o ilustradas para decidir quién nos habría de gobernar, pero lo recuerdo por no dejar. Y también, que los mismos que nos trataban de tontas se alarmaban si intentábamos acceder a la ilustración y el pensamiento. «Mujer que sabe latín», rezaba el refrán, «ni encuentra marido ni tiene buen fin».

Esas mujeres se reunieron en Nueva York, pues, a exigir una serie de reformas, principalmente el derecho al voto, y también el fin de los «abusos y usurpaciones» destinados «a destruir la confianza de una mujer en sus propios poderes, disminuir el respeto por sí misma, y volverla dispuesta a llevar una vida dependiente y abyecta».

La moción a favor del sufragio no obtuvo suficientes votos. Pero a lo largo de setenta y dos años de protestas, marchas y encarcelamientos, la pelea se volvió a dar una y otra vez, y cada vez en un mayor número de países. Las *sufragistas* aprendieron a aventarle piedras a la policía para que la policía las arrestara, sabiendo que eso les hacía ganar simpatías. Aprendieron a gritar. Insistieron en ser tercas. Y al final de lo que podemos calcular que han sido ¿qué será?, ¿unos ciento cincuenta mil años?, ¿o cuarenta siglos?, ¿o seis mil años? sin que las mujeres tuvieran voz pública o libre albedrío, las sufragistas ganaron. En Australia se concedió el derecho al voto en 1902, en Finlandia en 1906, en Estados Unidos en 1920, en México en 1953, y en Colombia en 1957. (Me acabo de enterar por Wikipedia que en Vélez, por entonces una provincia de la República de Nueva Granada, se les otorgó el sufragio a hombres *y mujeres* libres en 1853. Pero la Corte Suprema en seguida anuló el voto para las mujeres).

Entonces pienso que para ser feminista hay que ser doblemente valiente. Valiente para resistir la cárcel o las pedradas o los divorcios que acompañaron a las mujeres que lucharon por el derecho al voto, al divorcio, al aborto, o, como en Arabia Saudita, el derecho a salir solas a la calle —aunque sea cubiertas de la cabeza a los pies, sí, pero, a partir de 2018, finalmente solas, sin la escolta permanente y obligatoria de un

marido o un pariente cercano—. Y valientes también para resistir la risita castrante de tantos hombres, los chistes soeces y los estereotipos con que buscaban, y buscan, desarmar a quienes dicen *soy feminista.*



* * *

En las reuniones sociales a veces sale la pregunta de en qué época de la historia nos hubiera gustado vivir, y siempre digo que en el París o la Ciudad de México de los años veinte y treinta. La bohemia, los pintores, la moda, los cabarés de la Europa entre las dos guerras mundiales me seducen mucho. Un mundo sin el capitalismo desaforado de nuestros días; sin la devastación de la naturaleza que promete acabar con nosotros y que sin embargo presenciamos pasivamente; un mundo sin *self-care* ni *selfies* ni *realities*, ni Facebook ni el turismo masivo que atasca las hermosas callejuelas de pueblos y ciudades desde Venecia hasta Cartagena… Ese mundo sí que me hubiera gustado.

Pero después de decirlo empiezo a modificar mi elección: París en los años veinte, sí, pero con antibióticos para las infecciones, duchas y agua caliente para la higiene; anestesia

para el sacamuelas y las cirugías, y sobre todo, toallas sanitarias y tampones para la menstruación. Y algo más, algo que aceleró la velocidad de la revolución de las mujeres hasta volverla imparable…

¿Qué será?

Va una pista:

¿Cuál personaje les parece que ha tenido mayor impacto en la historia mundial: Ernesto «Che» Guevara o Gregory Pincus? ¿Joaquín «Chapo» Guzmán o George Rosenkranz?

¿?

Esa es la cara con que me miran todos cuando hago la pregunta en alguna charla pública. Al Che y al Chapo los tenemos hasta en la sopa, ¿pero Pincus?, ¿Rosenkranz?

Gregory Pincus formuló la primera píldora anticonceptiva. O mejor dicho: de todos los investigadores que andaban buscando esa especie de piedra filosofal, fue el primero en lograr una fórmula química comercialmente viable para

impedir el embarazo, y el primero en fabricar el producto. Un problema: la dosis de estrógeno en las primeras versiones de «la Píldora» era altísima, y produjo efectos colaterales catastróficos en una buena cantidad de mujeres. Segundo problema: como ha sido habitual, este investigador estadounidense ensayó el producto con mujeres pobres de América Latina: Puerto Rico, México, Guatemala. No es que las mujeres no supieran de qué se trataba el ensayo, como tantas veces antes había ocurrido; no solo sabían, sino que rogaban que se les dejara participar en el estudio. Imagínense: ¡poder quedar encinta solamente cuando quisieran! ¡Y sin necesidad de que los maridos, o los curas, se enteraran! El asunto es que nunca son las mujeres blancas, clasemedieras, estadounidenses las que se someten a pruebas que puedan traer resultados lamentables. Siempre son las más vulnerables de por acá. De todas maneras, la píldora fue un bien tan pero tan deseado, que la curva gráfica de sus ventas tiene más o menos la forma de un cohete a la Luna.

Antes de Pincus, sin embargo, estuvo Rosenkranz, un investigador húngaro, judío, que durante la Segunda Guerra Mundial logró escapar del Holocausto y refugiarse en México.

Abro aquí un extenso paréntesis para denunciar la terrible enfermedad del antisemitismo, que en América Latina ha infectado hasta a los que nos consideramos tolerantes y libres de todo prejuicio. Son más los amigos que tengo que no pueden evitar aclarar que un amigo, un colaborador, un vecino cuyo nombre ha salido a la conversación es judío, que los que entienden que ese es un acto de discriminación. Y a pesar de ser un acto discriminatorio que en todo Europa y Estados Unidos está penalizado, asombra ver que en los medios de

nuestra región se identifique sistemáticamente a cierto grupo de personas como «empresarios judíos», «ingenieros judíos», «banqueros judíos». (Pero nunca como tenderos judíos o campesinos u oficinistas judíos, si se considera que la inmensa mayoría de los judíos, al igual que los demás seres humanos, no son adinerados).

Cuando doy talleres de periodismo, siempre hay participantes que no entienden cuál es el problema con escribir «banquero judío», hasta que les exijo que también identifiquen como «ama de casa católica» o «industrial católico» o «banquero católico» a los de esa religión. Tampoco es lo mismo escribir «investigador de ojos azules» o «investigadora a la que le falta un dedo del pie», por ejemplo, que escribir «investigador judío». Lo primero es tonto, porque la información es irrelevante. Lo segundo no solo es irrelevante: es indicio de lo enquistada que está nuestra infección racista. De manera que acabo de escribir «Rosenkranz, un investigador húngaro, judío» no para perpetuar un crimen milenario, sino para poder recordar que entre 1942 y 1945, no menos de cinco millones de hombres, mujeres y criaturas fueron asesinados en Europa porque alguien, al mencionar sus nombres, agregó el adjetivo «judío».

Rosenkranz, decía, huyó de Europa durante la Segunda Guerra Mundial y terminó refugiado en México, donde entró a trabajar como encargado de investigación de un laboratorio médico nacional, Syntex. Así como Colón se topó con las islas Bahamas y Cuba buscando una ruta hacia China y la India, Rosenkranz comenzó buscando un tratamiento para la infertilidad y los abortos espontáneos y dio con la progesterona. Desde los años cuarenta se sabía que la

progesterona, que es una hormona, inhibía la ovulación, pero era tan costosa su producción que no resultaba práctica. En los años cincuenta otro investigador de Syntex había empezado a extraer progesterona de un ñame de aspecto rarísimo, *dioscorea mexicana*, nativo de México. Al poco tiempo llegó Rosenkranz a encargarse del departamento de investigación de la compañía. Por el camino de buscar una alternativa más económica que la *dioscorea*, fue inventando la cortisona sintética y patentando otros muchos descubrimientos valiosos. Finalmente, junto con su equipo, que incluía al joven practicante mexicano Luis Ernesto Miramontes y al también refugiado de la guerra Carl Djerassi, perfeccionó la síntesis de la progesterona.

En 1951, mismo año en que en los laboratorios Syntex se sintetizó la progesterona, una enfermera y activista incendiaria, Margaret Sanger, pidió en Nueva York que le presentaran al biólogo Gregory Pincus. Al igual que las sufragistas que exigían el derecho al voto, Sanger pasó por la cárcel, fue vilipendiada y perdió fortunas antes de poder establecer la primera clínica legal de planeación familiar en Brooklyn, Nueva York, en 1916. En las clínicas de Sanger las mujeres podían obtener información clara y gratuita sobre métodos anticonceptivos —ciclo ovárico, coito interrumpido, diafragma, abstinencia, condón— y adquirir los respectivos productos. Era una idea tan novedosa, y al mismo tiempo tan ardientemente buscada, que pronto esa primera clínica se convirtió en una red nacional, conocida hoy como Planned Parenthood.

Sanger era socialista, y gran parte de su trabajo lo realizó en los barrios pobres de inmigrantes judíos e italianos de Nueva

York. Le tocó ver de cerca cómo las mujeres vivían hilando embarazos, sumiéndolas a ellas y a sus maridos por igual en la desesperación y la peor pobreza. Encontrar la manera de que las mujeres controlaran sus embarazos se le volvió una obsesión. Tenía en contra a todas las Iglesias y todos los políticos, y a una buena parte de los hombres. (*¿Quién me dice que mi mujer no va a andar por ahí acostándose con quien se le antoje, sin que quede ninguna huella del pecado?*). No se sabe si la alianza de Sanger con los eugenistas fue resultado de su búsqueda constante de apoyos políticos o si realmente estaba convencida, como ellos, de que la solución para los problemas del mundo era que solo la gente «guapa», «virtuosa» o «inteligente» pudiera reproducirse. El movimiento eugenésico tuvo gran auge en Estados Unidos y luego, claro, en la Alemania de Hitler, y en la medida en que después cayó en el desprestigio total, afectó la buena fama de Sanger.

Pero Linda Gordon, la misma historiadora que descifró la relación de Sanger y los eugenistas, la defiende de toda acusación de racismo. «Ese es un libelo que levantó la ultraderecha de este país [Estados Unidos] en contra de Sanger», me dijo cuando conversamos hace poco. Personajes como el senador por Texas Ted Cruz, y otras figuras de la ultraderecha antiaborto y anticontrol de la natalidad, comenzaron a propagar la mentira a principios de este siglo, aclaró Gordon. «Ellos, que están tan identificados con el racismo, querían decir que los verdaderos racistas eran los y las liberales. Dijeron que Sanger había sido racista, y para probarlo recortaron una foto de Sanger y se la pegaron a una foto del Ku Klux Klan. Así nomás». La foto circuló y la

mentira se ha quedado como verdad, demostrando una vez más la importancia de no acusar sin investigar.

Sanger tenía setenta años cuando buscó a Pincus. Nunca había cesado en su lucha por encontrar un método anticonceptivo que le permitiera a la mujer controlar su fertilidad sin depender de la buena voluntad de un hombre, ni de su propia claridad mental en medio de las urgencias del sexo. (No sé si lo pensaría, pero son infinitas las mujeres que han sido violadas y que no quisieran por ningún motivo tener un hijo nacido de esa cópula monstruosa. La píldora y los otros medios hormonales contraceptivos que le siguieron también ofrecen protección contra esa variante del embarazo no deseado). Sanger había oído hablar de Pincus y de su trabajo con hormonas de la fertilidad, y a través de una benefactora le ofreció financiar un proyecto de investigación dirigido de manera concreta al desarrollo de una píldora anticonceptiva que fuera económica y tuviera resultados altamente predecibles.

El gran aporte de Pincus al desarrollo de la progesterona sintética que hizo el equipo de Rosenkranz fue darse cuenta, gracias a un accidente de laboratorio, que si se combinaba la progesterona con una mínima porción de estrógeno (estradiol), los daños colaterales de la píldora disminuían extraordinariamente. Pero además, la confiabilidad de la píldora como método anticonceptivo aumentaba a casi cien por ciento —muchísimo más que el diafragma, el condón, y los dispositivos intrauterinos, que por entonces ya se usaban. La píldora formulada por Gregory Pincus salió a la venta con el nombre de Enovid en 1961, y el mundo cambió.

Es cierto que existen métodos anticonceptivos para los hombres —condones, vasectomías— que muchas mujeres quisiéramos que usaran ellos (y que muchos de nuestros amigos sí usan). Pero sin la píldora anticonceptiva la posibilidad de que las mujeres se integraran en masa al mercado laboral, se valieran por sus propios medios, decidieran *solas* cuándo tener hijos o decidieran no tenerlos nunca, estudiaran carreras y doctorados de mucho sacrificio y largos años de dedicación, concibieran el sexo como algo más que un vector reproductivo, en fin… sin la píldora el mundo moderno sencillamente no existiría, porque las mujeres modernas no habrían podido tomar forma.

Pero, que yo sepa, no hay en ningún país una estatua a Gregory Pincus, y ni siquiera hay una de Rosenkranz en México. Pincus murió a los sesenta y cuatro años, el mismo año que una píldora anticonceptiva formulada por Rosenkranz salió a la venta. Rosenkranz tuvo una vida larga y feliz, ganó muchos premios y murió a la edad de ciento tres años en 2019, rodeado de hijos y nietos.

No sé si la tasa de suicidio entre las mujeres en edad fértil ha bajado o aumentado desde que existe la píldora. Pero pienso en mi vida, y creo que de quedar embarazada y sin poder abortar, en últimas, el suicidio hubiera sido mi única opción. La libertad incondicional me resulta imprescindible no por ideología; para mí es una condición física. Mucho antes de que oyera hablar de derechos de la mujer sabía que haría cualquier cosa con tal de no tener hijos. Pero cuando llegué a la vida independiente ya existía la píldora. Fue mi salvación.

No es fácil decir esto. En nuestros países las mujeres que nunca acurrucamos muñecas en la infancia ni quisimos tener

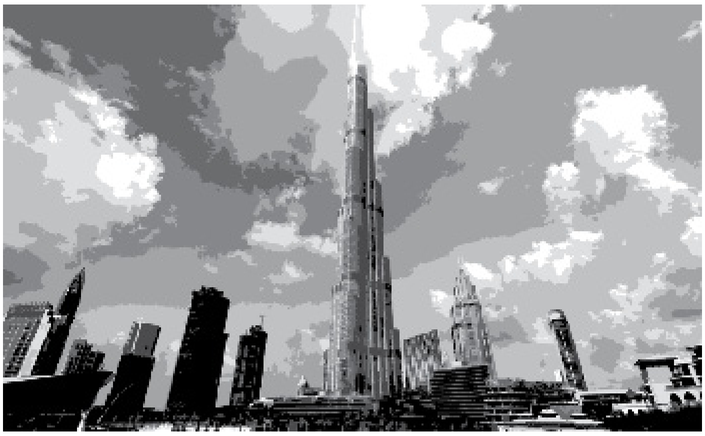
hijos en la juventud no contamos con la complacencia pública para declararlo. El taxista que me pregunta «¿y cuántos nietecitos son?» y la mujer que hace antesala conmigo en el consultorio y pregunta si mis hijos están en México ponen la misma cara cuando contesto que no tengo hijos. Algunos piensan «¡pobrecita!» y otros lo dicen en voz alta, porque las mujeres que elegimos la misma libertad que se les otorga sin cuestionamiento a los hombres somos vistas como brujas, monjas, frígidas, antisociales, misántropas o, simplemente, *raras*. En América Latina, vivir la misma vida andariega y feliz que algunos hombres no es un derecho aceptable todavía, pero por lo menos, gracias a la píldora, es una realidad. Pincus merece estatua.



4

Pienso en los hombres…

En sus rascacielos



sus sinfonías



sus erecciones



sus

viagras.

Pienso en lo difícil que ha de ser mantener esa erección metafísica 24/7, como pago perpetuo por el derecho de vivir en un mundo de hombres, y en lo complicado, y hasta descorazonador, que ha de resultar vivir la transición en la que nos encontramos. Observo que hasta los amigos cercanos que mejor se llevan con las mujeres se encuentran muchas veces confundidos, enojados, inseguros, caminando por donde antes había piso y ahora no lo hay. Veo que entienden que será un enorme alivio para todos el día en que nuestras relaciones —de trabajo, en el deporte, en la pareja y en la cama— sean en realidad equitativas, y que algunos hasta creen sinceramente que hombres y mujeres deben compartir con absoluta equidad el trabajo de casa y la crianza de los hijos. Pero la primera mujer que cuente con una pareja que en los hechos haga el cincuenta por ciento de los oficios del hogar y sepa qué hacer con un bebé que arranca a llorar a las tres de la mañana, que me escriba, por favor. Porque no es fácil, de verdad no es fácil para los hombres y las parejas, estar vivos y ser consecuentes en estos tiempos.

Hace algunos años, en un pueblo campesino típicamente mexicano, tuve una de esas conversaciones confesionales que solo se tienen entre extraños, con una mujer apenas unos años mayor que yo, a la que llamaré Delia. (Se han alterado los nombres para proteger a los protagonistas de esta historia). Su hijo menor fue el resultado de un típico embarazo de la menopausia, de esos que llegan cuando una mujer piensa que su ciclo fértil ya acabó. Las hormonas se dan una última alborotada y cuando menos se piensa, ¡pum!, llega el benjamín del hogar. En el momento en que se enteró, el marido de Delia le gritó que ese hijo no podía ser de él. Colorado de rabia y

borracho, vociferó que Delia era una calenturienta que le había abierto las piernas al primero que pasaba por la calle, que la iba a echar de la casa, pero que antes le iba a sacar ese hijo de la barriga a tiros. Fue al armario, cogió la escopeta y la cargó, mientras arrastraba de un lado del cuarto al otro a Delia, que, abrazada a sus rodillas, le rogaba por su vida y la del hijo de los dos.

Yo conocía por casualidad al marido, un hombre trabajador y sinceramente caballeroso cuando no estaba tomado, pero que se iba con sus amigos todos los sábados a beber. Borrachos, Jacinto y sus compadres podían sacar la furia acumulada por la injusticia de haber nacido campesinos en un mundo que escupía sobre ellos. Una vez que el alcohol le borraba la personalidad y las inhibiciones, Jacinto volvía a casa a desquitar su furia histórica golpeando a Delia. Esto duró hasta la muerte de Jacinto y no fue ninguna excepción, pues por donde quiera que ando encuentro mujeres golpeadas. «Mi mujer extraña cuando no le pego», me dijo alguna vez un mariachi sonriente en Plaza Garibaldi. «Dice que si ya no la quiero».

De vez en cuando me encuentro con el hijo de Jacinto, que nació porque Delia logró salvar su vida y la de él, y siento que no todo en México está perdido. Cada sábado, en vez de ponerse a tomar, Santiago se lleva a *sus* hijos de paseo. No pudo estudiar, pero suda y ahorra para que sus hijos —niñas y niños por igual— lleguen hasta la universidad. Si la generación de su padre se sacaba el cinturón para educar a sus críos a correazos (*¿Con que te crees mejor que yo, hijo de tu rechingada madre? ¿Con que quieres estudiar? ¡Con* esta *te voy a aleccionar!*), Santiago sueña con que sus hijos sean

mejores, más prósperos, más exitosos que él, y que no le tengan miedo. Y sus amigos y hermanos sueñan con lo mismo.

Hace no más de dos generaciones, los pobres de mi país —que no eran de ningún modo excepción en América Latina— temían que sus hijos los humillaran alcanzando un progreso que a ellos se les había impedido conquistar. No podían darse el lujo de abrazar o consentir a sus hijos, de hundir la nariz en el cuello regordete de un bebé y respirar su aroma a leche y talco —eso era cosa de mujeres—. No podían reconocer cuando habían cometido un error, ni pedir perdón por ello. No podían hablar de sus miedos ni dar jamás muestras de debilidad. La borrachera agresiva cuando les fallaba *la sinhueso* era cosa de terror. Y me refiero a los pobres, porque al ser tan grandes las injusticias que padecen, se las han transferido intactas a sus mujeres. *(¿O no para eso están?).* Aunque de los ricos también podríamos hablar un buen rato. El machismo existe independientemente de la estructura de clases; se manifiesta de manera variada en cada clase social, pero ha sido universal.

* * *

Hay un tipo de activista que no logra reconocer ninguna respuesta positiva a sus demandas de lucha. Creo que es porque en el fondo teme que cualquier mejora pueda templar el ardor de su compromiso con la causa. Pero cuento la historia de Jacinto y Delia porque es importante saber reconocer cuando las cosas cambian, y mejoran. No sabría enumerar todas las causas del cambio sísmico de los últimos

veinte o treinta años en la cultura del machismo: podría nombrar el acceso por igual de niños y niñas a la educación, y el acceso de las jóvenes al control de la natalidad, que evita que se vean obligadas, siendo todavía adolescentes e indefensas, a aceptar un marido tan inmaduro como ellas. También, gracias a la píldora, cuenta la entrada prácticamente universal de las mujeres al mercado de trabajo, con su aporte fundamental a la economía familiar. Hay que reconocer la contribución de las telenovelas, que promueven estereotipos racistas y mitos dañinos, pero también muchos valores de progreso. (En esto las novelas brasileñas ocupan un lugar destacado). El resto es una incógnita, pero lo evidente es que Santiago es un hombre menos machista e infinitamente más seguro de sí mismo, más tranquilo y más feliz que Jacinto, su padre. La liberación de la mujer necesariamente conlleva la liberación de los hombres de los mitos y terrores —y obligaciones estúpidas— que los oprimen.

Siendo así, ¿por qué será que los hombres no adoptan en masa la condición de feministas? Siempre es un misterio cuando las mujeres maltratadas se quedan con sus maltratadores, cuando los encarcelados tiran la llave de la jaula, cuando un hombre insiste en que su valor como persona depende de lo dura que se le ponga, los tragos que aguante, los pleitos que gane o los muertos que lleve anotados en la pistola. Un taxista regordete y conversón, que me llevó hace poco por treinta cuadras de insoportable tráfico bogotano, tuvo tiempo suficiente para contarme de sus hijos y su esposa, quejarse del estado de las calles y de la política, y, además, de lo complicado que resultaba encontrar un buen espacio para meditar al aire libre en esta tumultuosa ciudad.

Siempre que se le ocurría estacionar el carro en algún parquecito tranquilo, decía, no pasaba ni dos minutos con los ojos cerrados, concentrándose en la respiración, antes de que a algún vivo se le ocurriera hacer chistes sobre su masculinidad, o silbar ofensas en clave. «O si no», me dijo, «uno quiere ir en el carro oyendo música pasito, todo tranquilo, y en seguida el pasajero le reclama "Ay, no, ¡qué es esa música tan aburridora! ¡Cambie de estación, papá, y que suene duro!"».

Primera conclusión: que hay que ser valiente hasta para las cosas que en teoría no requieren de ningún valor, como sentarse en un parque a meditar, porque el machismo es una cultura basada en la vergüenza de no ser suficientemente macho, de no ser digno de la opresión que hay que ejercer sobre las personas —reducidas ya a sus órganos genitales— que se desean más que ninguna otra cosa en el mundo.

Y puesto que la burla al que medita, la voz a gritos, la violación, el matoneo, los golpes, la pistola al cinto no se producen en beneficio del sexo apetecido sino para establecer superioridad sobre los demás hombres, podemos también concluir que los despliegues de machismo no ligan eróticamente al hombre con la mujer sino, como diría la reina de belleza, al hombre con el hombre. Las mujeres —las miles de mujeres asesinadas cada año en nuestra región— son víctimas de un erotismo chueco, y los hombres son víctimas de la opresión que ejercen.



Esta es una de las fotos que ha hecho Jesús Abad Colorado de muros intervenidos por los distintos grupos armados de Colombia. El muro que se ve aquí dibujado estaba en la casa de Rosa Fince, una de las líderes indígenas wayuu, asesinada por paramilitares en abril de 2004. El dibujo de la foto es un resumen preciso de la situación de las mujeres en la guerra. La guerra exige que muchachitos pacíficos —campesinos, las más de las veces— sin mundo ni educación, ni conocimiento de sí mismos, se conviertan aceleradamente en machos, y machos a un grado sicótico. Machos para matar, machos para resistir el miedo de que los maten. Como en ninguna otra situación, en la guerra les toca hacer el performance de macho frente a los otros machos como ellos, enajenados ante la ausencia de seres que ya no pueden ver como personas y que sin embargo extrañan hasta llorar. No sé si tal vez las asesinan para dejar de extrañarlas. O porque las mujeres suelen ser fuente de ternura, y para hacer la guerra hay que extirpar precisamente ese impulso.

Según la extraordinaria curaduría de la exposición de Jesús Abad Colorado, «El testigo», las guerras de Colombia han cobrado casi catorce mil niñas, adolescentes y mujeres víctimas de violencia sexual, en el marco del conflicto armado, de 1980 a 2017. Esto no incluye al sinnúmero de niñas violadas por sus parientes o sus allegados, mujeres violadas o asesinadas, igualmente, por sus maridos o desconocidos o jefes, las adolescentes secuestradas para la prostitución o vendidas por sus propias familias a algún explotador. Todas ellas han sido víctimas de una visión de la sexualidad transmitida a lo largo de milenios, en la que el hombre es el súbdito de su propio pene, y la mujer su esclava y su tormento.

* * *

El machismo es una enfermedad que se padece a nivel personal; un individuo deformado, contrahecho por el mal, ejerciendo el daño contra otros seres humanos con distinto aparato reproductivo. Otra cosa es el patriarcado, un sistema completo, omnipresente, inescapable en el mundo entero, paralelo a, y también base de, los sistemas económicos y de Gobierno del mundo y de toda estructura de poder. Creadas por los hombres desde tiempos de los cuales no tenemos memoria, las diferentes formas de patriarcado que se han desarrollado en cada cultura se han ido desmantelando poco a poco, pero no sin que los hombres del poder vayan corriendo a tratar de sellar las grietas y a apuntalar los techos de un sistema que ya amenaza con desmoronarse. Un caso: los métodos anticonceptivos permitieron que cada vez más

mujeres aspiraran a trabajos de mayor compromiso y responsabilidad, y el aborto legal significó el reconocimiento fundamental del derecho de las mujeres a gobernar su propio cuerpo. Sin embargo, hace años que en Estados Unidos se gesta un movimiento de congresistes, senadores, abogades, electores, para anular ante la Suprema Corte la decisión que en 1973 permitió el aborto. Escribo estas líneas bajo el yugo de la era Trump, cuando parece enteramente posible que una nueva Suprema Corte, retacada hoy de jueces conservadores, revoque aquella decisión histórica y se cierren las clínicas que proveen abortos legales.

Viendo lo anterior, una podría pensar que el movimiento antiaborto es cuestión de la derecha, pero no: es cuestión del patriarcado, sistema que no distingue entre ideologías. En 1979, triunfante la revolución sandinista que en Nicaragua acababa de derrocar al dictador Anastasio Somoza, me tocó estar en una reunión social con el entonces subcomandante del nuevo ejército sandinista, su mujer, algunos sandinistas más con altos cargos, quizás la fotógrafa Margarita Montealegre y, si mal no recuerdo (pero puede que recuerde mal), el hoy presidente de Nicaragua, Daniel Ortega —sin su mujer, la siempre alarmante Rosario Murillo—. Alguna (¿yo? ¿Margarita? ¿La compañera de alguno de los comandantes?) preguntó que cuándo se iba a derogar la ley que bajo el somocismo prohibía el aborto en casi todas las circunstancias. «Eso no va a ocurrir», contestó uno de los hombres. «La prohibición se queda». *¿¡Cómo!?* «Está claro», respondió algún otro, con esa solemnidad de ocasión que adoptan los hombres cuando les toca decir pendejadas: «La Revolución no puede alejar a la Iglesia en esta etapa de consolidación».

(*«¡Compañeras! ¿Qué es más importante; la Revolución, o los problemas de las mujeres?»*).

Efectivamente, bajo el sandinismo de Daniel Ortega rige hoy una ley que castiga con severidad el aborto en cualquier circunstancia —hasta en casos de violación o cuando peligra la vida de la embarazada—. ¿Y las relaciones con la Iglesia católica? Pésimas, pues los obispos se opusieron en conjunto a la masacre de estudiantes durante las protestas masivas de 2018, y a la sistemática violación de los derechos humanos bajo el binomio Ortega/Murillo.

No es por la revolución que se persigue —con particular salvajismo en el caso de El Salvador— el derecho de las mujeres a ejercer la potestad sobre su propio cuerpo. Es porque una mujer que es dueña de su decisión de gestar, o no llevar el embarazo a término es peligrosamente libre.

Me viene a la cabeza una vieja canción de Linda Ronstadt que me hacía reír:

Well, I met a boy (...)

in Yokohama

He picked me up (...) he threw me down

He said, «*don't hurt me, mama*».

[Conocí a un hombre

en Yokohami,

Me levantó, me tiró al suelo

Dijo «¡No me hagas daño, mami!»].

Si nos hacen tanto daño es porque nos tienen miedo, pobres. Hay libros enteros —qué digo, bibliotecas enteras— dedicados a indagar el porqué del inmenso terror que les abruma a ellos; un terror que les ha hecho construir civilizaciones completas milimétricamente diseñadas para que las mujeres no se salgan de su lugar, no se atrevan, no respiren, o, si se quieren pasar de listas, les caigan encima los castigos más aterradores. Que si el miedo es porque al clítoris no se le acaba nunca la pila y en cambio al pene sí; que si es porque una mujer se puede embarazar de cualquiera y hay que cuidar que los hijos provengan de los espermatozoides del marido para que nadie más herede sus bienes o su apellido; que si en las sociedades primitivas que se mantenían de la caza la mayor fuerza física de los hombres les permitió reclamar mayores privilegios, en fin.

El tema es fascinante, y las investigaciones de los arqueólogos sobre el pasado siempre ayudan a entender mejor nuestro presente, pero lo que me interesa es reflexionar sobre cómo son los hombres hoy. Están los golpeadores, los que castigan con el silencio, los celosos enfermizos, los que violan niñas o las venden. Están también, aunque no sé si hoy todavía sean mayoría, los que en el fondo de su corazón civilizado y cosmopolita desconfían terriblemente de las mujeres, miran nuestra vulva con secreto asco (*¡por lo menos depílense!*), lanzan zarpazos sicológicos cuando estamos más desprevenidas, destruyen el ego de su pareja a base de pequeñas descalificaciones constantes y son incapaces de sincerarse incluso durante el sexo. Permanecen —qué tristeza

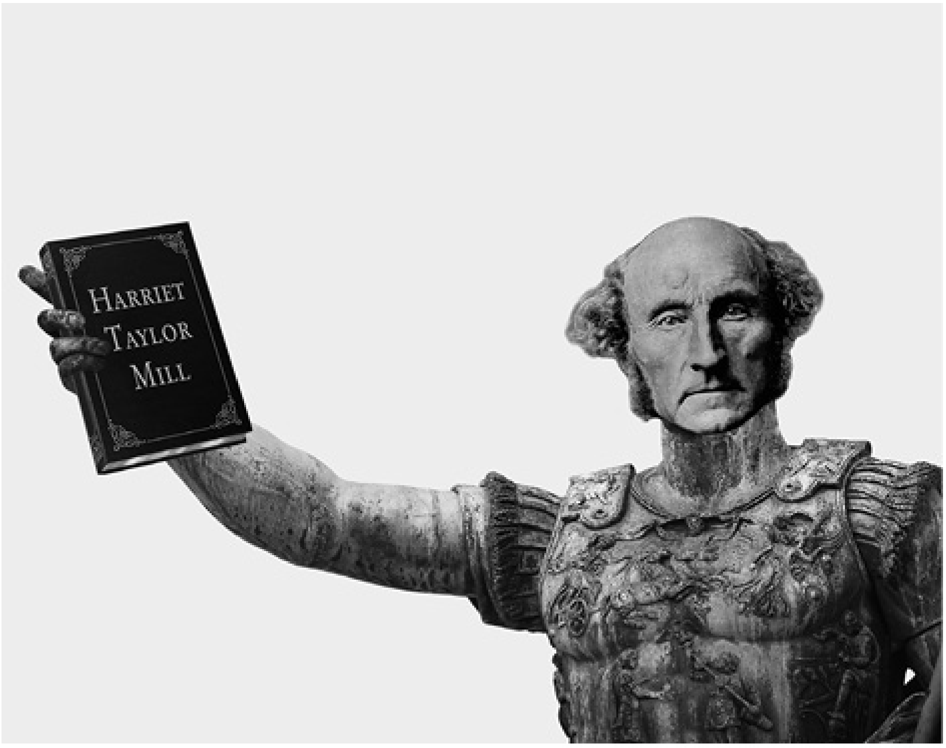
tener que afirmarlo en este siglo XXI— los jóvenes que le exigen a la novia que deje los estudios, porque ellas no pueden «ser más» que ellos; los que no la dejan trabajar fuera de casa para que no vaya a conocer a otro hombre; los que amenazan con terminar para siempre la relación si ella comete la «crueldad» de aceptar una beca o una oferta de trabajo en el exterior. No se necesita golpear o matar a una mujer para hacerle daño. Sin embargo, están también, ay, los que matan, los que matan, los que matan.

Aun así, me parece importantísimo no perder de vista a los taxistas que quieren meditar en el parque y no entienden por qué se persigue tanto a los gays «si el amor no tiene reglamentos», los hombres a los que realmente les *gustan* las mujeres, a los que les caemos bien, los que se sienten tan a gusto en nuestra compañía como en una reunión con sus amigos, o hasta mejor. Y están, sobre todo, los que luchan por nosotras.

Por ejemplo, John Stuart Mill, un filósofo liberal del siglo XIX que basaba sus ideas en el concepto de lo útil: lo que servía para adelantar el bienestar y mayor felicidad de la humanidad era bueno, y, decía, la perfecta igualdad entre hombres y mujeres sería un elemento esencial de la felicidad de la sociedad y los individuos. Se anticipó a Simone de Beauvoir al señalar que es imposible saber cuál es la auténtica naturaleza de un ser tan reprimido por la sociedad como son las mujeres, y fue precursor de las italianas que propusieron un salario para el trabajo en el hogar. Entre los (muchos) hombres que se han solidarizado con la lucha de las mujeres por alcanzar la libertad y la igualdad hay algunos famosos, y otros que son simplemente nuestros queridos compañeros de trabajo

o de cama, pero Mill destaca por sus argumentos, desafiantes y escandalosos para la época, y —lo digo como autora— porque publicó un libro en 1869, *El sometimiento de las mujeres*, en el que aclaró que las mejores ideas allí vertidas venían de la que definió como su coautora: su esposa, la filósofa y feminista Harriet Taylor Mill, que había fallecido unos años atrás.

John Stuart Mill: otra estatua.



Y es aquí, donde, sin saber a través de qué vericuetos he llegado al punto, siento necesidad de proponer una discusión sobre la ética feminista.

5

No soy experta ni en feminismo ni en ética ni, si lo pienso bien, en ninguna otra cosa, pero siempre me ha parecido que la mejor guía para la ética es la que dice que debemos tener con les demás el mismo trato que quisiéramos que tuvieran con nosotres. Y me parece que aunque en las revoluciones la ética siempre termina pisoteada, quizás esta revolución se puede dar el lujo de privilegiar la ética y el pacifismo, puesto que ha sido incomparablemente menos violenta que todas las anteriores.

(O digan, si no, los que se quejan: ¿cuántos despidos masivos de hombres llevamos por faltas a un código feminista? ¿Cuántos hombres castrados por rabiosas hordas feministas como consecuencia del #MeToo? ¿Cuántos juicios sumarios y guillotina para los violadores? ¡Pero ay de la que se le ocurra pintar un grafiti durante alguna manifestación! Será denunciada a la carrera como «violenta»).

Mirando desde la perspectiva de la Historia, no me hace sufrir ni un poquito que por crímenes de género vayan a la cárcel tipos repugnantes como Harvey Weinstein, o se suiciden —por exigencia de terceros o por voluntad propia— pervertidos como Jeffrey Epstein. Al contrario. Y si dentro del movimiento se cuelan unas cuantas mujeres que solo buscan un pretexto para rabiar a gritos, eso sucede a diario en los partidos de fútbol (de hecho, una podría pensar que para eso son) y ningún hombre lo ha denunciado, que yo sepa. Y si

entre la marejada de malandros y misóginos que se aprovecharon de una adolescente borracha, o le dijeron a una virgen que era el dedito cuando era el pene, o se le refregaron a su empleada y le dijeron que si no abría las piernas quedaba despedida; si entre esos y millones de hombres más, alguna rabiosa disfrazada de feminista denuncia con el #MeToo a algún inocente por el puro placer de hacer daño, entre las sumas y las restas de los milenios de tormento que han padecido las mujeres digo, pues… Qué pena.

Pero al mismo tiempo, no soy la Historia. Y mirando con mis propios ojos, desde la perspectiva de alguien que sueña con un mundo más justo y tolerante, me parece un desperdicio que a un hombre que luchó —inventemos un caso— contra el *apartheid* y pasó años en la cárcel, y un día de alegría y descuido le dio una nalgada juguetona a una colega, se le expulse de su partido y le llueva oprobio y rabia en Facebook. Porque una nalgada no es igual a una vida de lucha, ni un manoseo ebrio es igual a una novela —inventemos otro caso— que dice una verdad más profunda que algún patético intento de seducción.

No existe una distinción absoluta entre la ética y la moral, pero para mis fines en este caso podríamos decir que, a diferencia de la moral, que trata de cuestiones absolutas, la ética busca una solución específica para casos individuales. Argumento conmigo misma todo el tiempo respecto al #MeToo, estoy atenta al mal uso que se puede hacer de semejante instrumento masivo, y a pesar de sus peligros me provocan una alegría enorme su existencia y su efecto: ha permitido que millones de mujeres, ¡por fin!, se armen de

valor para denunciar asaltos de los que antes se sentían culpables. Ojalá se reproduzca en todos los países.

Me contesto así —fantástico que exista el #MeToo—, y en seguida me quedo rumiando ese pedacito de algo que me preocupa, que no sé qué es. Recuerdo lo que fue mi reacción inicial, la reacción de muchas mujeres de mi generación: *Si a mí me pasaban estas cosas y mucho peores, y lo sabía superar sin armar dramas, ¿por qué estas jovencitas de ahora hacen tanto escándalo?* Es más que probable que aún no me sienta con el derecho a denunciar lo que ha sido en mi vida, como en la de las demás, un maltrato insidioso y sistemático, lo acepto, pero el resquemor es otro. Llevo tres días tratando de desenredarme de esta sección del texto sin lograrlo, pero esta noche —en realidad ya es de madrugada— creo que he dado con algo: el #MeToo no me acaba de quedar cómodo porque es un fenómeno de las redes sociales.

Seguramente existieron fenómenos masivos de contagio de ideas en el siglo XVIII o en la Edad de Piedra, pero la multiplicación y publicidad instantánea de *todas* las opiniones es un regalo del internet. El filósofo Byung-Chul Han ha expresado lo que siento al respecto mucho mejor de lo que soy capaz. Hablando del placer que le da trabajar en su jardín, dice «[…] me devuelve la realidad, incluso la corporalidad, que hoy cada vez se pierde más en el mundo digital *bien temperado*. Este mundo digital no conoce temperatura, dolor, ni cuerpo»[1]. Soy consciente de que este mundo sin cuerpo ha permitido que sucedan maravillas. En el universo del internet están siempre a la mano la educación, el disfrute, las puertas infinitas que se abren a nuestra curiosidad. Pero su naturaleza desnaturalizada también permite que florezcan aberraciones

sin fin, y en ningún otro lugar de ese espacio sin realidad que es el internet esto se da como en las redes sociales. Sin cuerpo ni voz, cualquiera es capaz de tratar de cobrar realidad gritando ofensas, repitiendo mentiras, canalizando odios. O como apunta la gran escritora Zadie Smith acerca de la actual situación de desprecio por la lectura (y por el arte de escuchar, agregaría yo):

> Nos hemos acostumbrado a no vivir la experiencia privada, arriesgada, de la lectura, tanto como a escenificar [en línea] nuestra respuesta a lo que leemos[2].

El *like* somete a la tribu, la obliga a reaccionar sin reflexionar, convierte un desacuerdo individual en una danza colectiva de odio.

Menos mal que ahora ya hay voces acreditadas que explican, afligidas, que la falta de privacidad que propician las redes sociales es una amenaza directa a la democracia. Cuando lo empecé a decir hace casi veinte años, una ahijada me contestó, en tono de *ustedes los viejos*, que los jóvenes tenían una idea más libre de la privacidad. Ahora le preocupa el tema de la democracia a ella también, y la entrega voluntaria que hemos hecho de lo que siniestramente llaman nuestros «datos». Somos, en internet, nada más que un agregado de datos que poderes invisibles acumulan y subdividen en «mercados potenciales» de ropa, remedios para la calvicie, información, ilusiones y mentiras.

Pues yo no soy datos, y aunque no sirva de nada me rehúso a participar en las redes sociales que —por encima de todos

sus beneficios— han hecho posible el ascenso de monstruos como Donald Trump, Rodrigo Duterte y Jair Bolsonaro. No hay proporción entre el uso de las redes como herramienta muy útil y el aterrador potencial de estos demagogos para destruir el mundo. Entonces, lo que me sigue preocupando del #MeToo no es el #MeToo, sino la capacidad destructiva de Twitter, entre otras redes, y su tendencia mayoritaria a terminar en la desinformación y el odio.

Es muy reciente la creación de las redes sociales; faltan normas y controles y por lo pronto no hay ninguna. El mismo creador del internet, Tim Berners-Lee, ahora hace campaña para tratar de rescatar la red del abismo en el que ha caído. El inventor del *like* ha declarado su arrepentimiento. El creador de Facebook por fin ha tenido que ir repetidamente ante el Congreso de Estados Unidos a explicar por qué está bien que en los «muros» se propaguen mentiras inventadas para desprestigiar candidatos, tal como los libelos rusos que circularon, y circulan, a favor de Trump y de la salida de Inglaterra de la Unión Europea. Con el apoyo de todos, los medios sociales van facilitando la destrucción de la privacidad y la creación de estados totalitarios. Todo esto me agita sobremanera, pero como decía mi querida Mamá Segunda: *calma, mi alma; no podemos reformar el mundo en un segundo.* Hay que concentrarnos en lo que podemos hacer nosotras, hoy. Limitémonos al asunto del acoso sexual. ¿Cómo podemos mejorar los mecanismos de denuncia?

En el caso de los acuerdos de paz a los que se llegó en Sudáfrica y Angola, por ejemplo, y cuyo modelo ha querido aprovechar Colombia, hay de principio un reconocimiento al hecho de que todos tenemos que vivir en el mismo país y

compartir el mismo techo. Que los que han participado de la violencia de la guerra vayan todos a la cárcel y se pudran ahí le sale mucho más caro a la sociedad; prolonga indefinidamente los rencores y odios de la guerra. En casos como el de Colombia son demasiados los participantes (así representen un porcentaje mínimo de la sociedad) y demasiado complicadas las causas que los llevaron a portar armas y a matar. El castigo carcelario no resuelve —no *sana*— un conflicto social. También existe el principio de legalidad: no se puede sancionar a alguien por un acto que no era crimen o infracción cuando lo cometió (tirar basura en la calle, casarse a cualquier edad con una niña de catorce años, o conducir borracho hace medio siglo, por ejemplo). Se elaboraron —trabajosamente y con grandes desacuerdos— normas que dictan cuáles son los crímenes que se pueden perdonar bajo confesión y cuáles no. Pregunto luego: en el caso de los hombres, que son la mitad de la población y con quienes muchas de nosotras aspiramos a vivir, ¿cuáles son las normas que rigen para los que aprendieron de sus padres que estaba bien susurrar frases soeces al oído de las adolescentes? ¿Puede ser igual el castigo para ellos y para el que exige sexo oral a la que desee conservar el puesto de trabajo? ¿El escarnio público es el castigo adecuado para ambos? Y de ser así, ¿cuánto escarnio? ¿Por cuántos días? ¿Quiénes son los que deben ir a la cárcel? ¿Debe haber juicio previo a la lluvia de trinos? ¿Cuándo? ¿Lo deciden las víctimas? ¿Las redes? ¿Las Cortes?

Se trata de que el Estado asuma en los hechos su obligación formal de proteger la vida y la integridad de sus ciudadanes. Pero claro, si el Estado se encargara, el #MeToo no sería necesario. Si tuvieran otra mentalidad los infames cuerpos

policiacos que, cuando reciben una denuncia por acoso o violación, enfrentan a la víctima con alguna frase grotesca —*¿pues quién te manda a estar tan buena, mamacita? ¿Y qué andabas haciendo caminando por la calle a esas horas? ¿No lo andarías buscando?—,* habría más denuncias. Pero si el Estado se tomara en serio su responsabilidad de perseguir a los culpables, ¿quién nos dice que los juicios por crímenes de género no terminarían en el mismo abismo en el que se pierde el noventa por ciento de todas las denuncias judiciales en nuestra región? Mientras tanto, el #MeToo hace el trabajo que le corresponde al Estado, y tendrán que surgir marcos de denuncia para las víctimas, y sistemas de castigo para los victimarios.

Y ya que estamos en lo de víctimas: fuera del marco legal me niego rotundamente, y me negaré hasta el día en que me muera, a verme a mí misma como víctima. Hay mujeres que sobreviven a violaciones, amenazas, golpizas y ataques a su integridad, y mujeres que sufren daño sicológico por manoseo o persecución, y siguen adelante sin traumas incapacitantes, o con traumas y con valentía. ¿Podemos usar otra palabra? ¿Alguna, no sé cuál, que en ambos casos no nos despoje de nuestra fuerza y orgullo?

* * *

¡Qué lejos me he ido de donde quería llegar! Según yo, estaba por señalar la mala broma que nos ha jugado el patriarcado, que nos ha enseñado a vestir con orgullo nuestras cadenas. Me espanta constatar que el patriarcado, en cualquiera de las

formas en que se manifieste, siempre les ha encargado a las mujeres el trabajo de amaestrar a las niñas en las tareas de la sumisión. Desde la cuna aprendemos a ser más leales a los humanos que nacieron con un solo gen distinto al de las mujeres. (¡Uno solo! ¡Entre los veinticinco mil genes que posee cada individue humane!). Son mujeres las que llevan a cabo la ablación del clítoris de las niñas, y también las que les enseñan a sus hijas y nietas a servirles primero a los hombres y a comer ellas de pie en la cocina. Somos nosotras las que le decimos «niña» a la mujer adulta que nos atiende en cualquier ventanilla, y «vieja» a la que nos cae mal. ¡Ni que fuéramos hombres!

Y si en la lotería nos tocó una vida de privilegio económico, nos enorgullecemos de ser esclavas de la Casa Grande, y no del cañaveral. Estoy pensando en aquellas mujeres que están perfectamente conscientes de lo que hacen sus maridos con las empleadas de casa. *Ay, pues que se aguanten tantito, que no les cuesta nada*, dicen de las personas que lavan su ropa y les dan de comer. *Todos los hombres son así, y si sale embarazada le damos algo*.

No sé si sea solo en México que se escuchan estas frases. ¿O será que la opresión de clase acompaña la discriminación de género en todas partes? La antigua esclava Sojourner Truth, feminista, abolicionista y pacifista, pronunció un discurso espontáneo en 1851 en el que expresaba su doble preocupación por que las feministas —en su mayoría mujeres de cierto nivel económico— ignoraban los reclamos de las mujeres pobres, y por que los abolicionistas luchaban únicamente a favor de los derechos de los esclavos hombres:

> Ese hombre allá dice que a las mujeres hay que ayudarlas a subir a los carruajes, cargarlas para cruzar las zanjas, y a ocupar el mejor puesto en todas partes. Pero nadie me ha ayudado a subir a un carruaje jamás, ni a cruzar charcos de lodo, ni me ha dado el mejor lugar. *¿Y acaso no soy mujer?* ¡Mírenme a mí! ¡Miren mi brazo! He arado y sembrado y cosechado y ningún hombre me ganaba, ¿y acaso no soy mujer?

El discurso es famoso, y como no existe una versión contemporánea de lo que dijo la oradora, tiene muchas versiones. Yo, como muches, prefiero esta versión, la más poética, publicada doce años después del evento, porque nos recuerda que en el mundo la inmensa mayoría de las mujeres *son* Sojourner Truth.

Cuando trato de imaginar cómo ha de ser una ética feminista, pienso sobre todo en la tolerancia, porque la intolerancia lleva a la rabia y a la violencia, de la cual las mujeres siempre son las primeras víctimas. Si ser feminista es no solo ser tolerante sino entusiasta frente a la inacabable diversidad de maneras de ser mujer, entonces la batalla contra la pequeña machista que casi todas llevamos dentro todavía está por darse. Hay, al día de hoy, aproximadamente cuatro mil millones de mujeres en el mundo —dos cromosomas X, dos senos, un aparato reproductor—, y sin embargo cada una es distinta. Es natural y muy importante que existan muchos tipos de feminismo, cada escuela formada por el particular contexto de clase de sus proponentes. Releyendo a Betty Friedan, por ejemplo, que publicó *La mística de la feminidad* en 1963, veo que para ella la opresión era algo que les ocurría a las mujeres

de clase media alta que adquirían una educación universitaria solo para verse casadas diez años después, encerradas en una casa suburbana, aburridas, esperando a que llegaran los niños de la escuela y el marido del trabajo para poderles preguntar: «¿Y ustedes qué hicieron hoy?», porque ellas, enclaustradas en un mundo sin retos ni emociones, no habían hecho nada que valiera la pena contar. La opresión de las mujeres estadounidenses de clase media alta en los años de la posguerra le parecía importante a Friedan porque lo era, y porque les abrió la puerta a todas las que hoy quieren ganar igual que los hombres y ocupar los mismos puestos laborales y ejecutivos que ellos.

Parecería que en América Latina la lucha de las feministas urbanas de hoy por romper el techo de cristal y acceder a los puestos más altos en las empresas, el Gobierno, la cultura y los deportes fuera irrelevante para millones de mujeres que quisieran tener el derecho a abortar o a contar con guarderías gratuitas, pero no. La lucha de las mujeres por ascender al poder es vital, porque abre puertas y derriba murallas para todas. Y repasar el esfuerzo y las divisiones entre los distintos movimientos feministas de los años sesenta y setenta es útil por eso mismo, porque todas se pelearon entre sí sin darse cuenta de que todas aportaron por igual. Están, entre otras, la incendiaria Andrea Dworkin, precursora del «no es no» y de «el violador eres tú». Está también la fuerte corriente de las feministas lesbianas. Gracias a ellas pudimos empezar —subrayo *empezar*— a entender la sexualidad como un abanico de preferencias en el que cabemos todes. Dworkin, Germaine Greer, las lesbianas y feministas de la llamada Tercera Ola han trabajado el terreno de un feminismo de género, por así

decirlo, enfocado en las estructuras de poder que surgen específicamente de la relación sexual.

Hay, por otro lado, un feminismo que toma conciencia de sí en el importantísimo tema de la desigualdad salarial, y a este antiguo movimiento le ha dado gran visibilidad recientemente un nutrido contingente de actrices famosas. Otras mujeres se dedican a la lucha por el derecho al aborto. Están las que combaten la trata de mujeres y se declaran abiertamente en contra de la pornografía y la prostitución, argumentando que son vías de deshumanización, en las que además se explota a mujeres y jovencitas esclavizadas o vulnerables. Hay otras que reivindican el derecho de las mujeres a calentarse con pornovideos al igual que cualquier hombre, y que piensan que si una mujer quiere que la amarren y le den de latigazos durante el sexo, muy su derecho. No sería capaz de sortear este tema tan lleno de laberintos, pero sin que afecte la discusión más amplia, apunto simplemente que en el que parece ser el sitio porno más grande en internet, llama la atención la representación muy frecuente de ciertas fantasías: incesto, sexo de hombres mayores con adolescentes, tres o cuatro o cinco hombres con una sola mujer. Todas estas cópulas son filmadas siempre desde la perspectiva masculina, y —aun sin tomar en cuenta la gran incógnita de la situación laboral de las mujeres en los videos— son temas que se prestan a la explotación criminal de sus protagonistas.

Al igual que el patriarcado, la lucha de clases se inserta en todo fenómeno social, en cualquier discusión. Y en este punto me toca explicar mi peculiar posición frente al feminismo, y mi duda respecto a si soy feminista o no: a lo largo de los años he seguido con interés, pero de lejos, los debates de la

vertiente intelectual del feminismo, a la que le he dedicado tantas páginas en este ensayo. Pero lo que siempre me ha interesado mucho más son las mujeres que luchan por la vida, literalmente, y que por ese camino han descubierto la solidaridad con otras mujeres, y de ahí, el feminismo.

1. Byung-Chul Han (2019). *Loa a la Tierra*. Barcelona, España: Herder Editorial.

2. Zadie Smith, *«Fascinated to Presume: In Defense of Fiction»*, *The New York Review of Books*, 24 de octubre de 2019.

Pienso en las mujeres activistas de las manifestaciones, sus collares de cuentitas y sus blusas campesinas, sus sandalias de taconcito bajo para resistir las interminables marchas, su pelo crespo o con permanente para no tener que dedicarle mucho tiempo a la peinada, sus voces, gritonas, sí, de tanto gritar sin que les hagan caso, sus manos lavatrastes y cargaleña. Pienso en sus hijos desaparecidos o asesinados o muertos en combate o disfrazados de muertos en combate para engordar las cuentas de algún coronel o general o político. Pienso en las décadas gastadas gastando suela en marchas, antesalas, averiguaciones, para que, ojalá, no dé tiempo de pensar demasiado en el mar de ausencia que golpea el recuerdo. Pienso en una muchachita que conocí, que se metió a la guerrilla porque cuando subía cada día a los campos de amapola a entregarle el almuercito a su padrastro, él la violaba; en una mujer con la que hablé que vio cómo se llevaban a su marido sin darle tiempo de decir ni adiós; en otra —que podría ser la misma, o miles más como ella— que llevaba años buscando a su hijo en donde quiera que le avisaban que había un cementerio clandestino; en Rufina Amaya, que a escondidas presenció cómo en su caserío remoto el ejército oficial acorraló a casi mil personas de toda la vecinanza y eliminó a cada una, fusilando a los hombres —al marido de Rufina—, violando a las jóvenes —a las hijas de Rufina—, ensartando a las criaturas —al bebé de Rufina— en sus cuchillos o machetes, antes de prenderles fuego a los

cientos de cadáveres producto de esa orgía. Pienso en las mujeres que en ese mismo país, El Salvador, hoy día mandan a sus hijas, sus niñas, en caravanas hacia Estados Unidos, para que el día que cumplan doce años no las violen en masa los pandilleritos del barrio. Pienso en las mujeres —venezolanas, guatemaltecas, mexicanas— que toman el mismo camino a esa frontera que hoy ofende el títere que ocupa la Casa Blanca, y en cómo, antes de comenzar su odisea, empiezan a tomar la píldora —la píldora de Gregory Pincus— porque saben que lo más seguro es que en el camino las violen. Pienso en las mujeres desesperadas que quieren empeñar la máquina de tejer, o las dos sillas de la casa, o la licuadora, o lo que tengan, con tal de pagar la renta y no perder los dos cuartos que son el ancla de la familia, y la obscena frase con que no pocas veces responden los extorsionistas de mi país: *mejor me pagas con cuerpo*. Pienso en las mujeres descuartizadas, acribilladas, acuchilladas, humilladas, torturadas, que por centenares pueblan las páginas rojas de nuestros países; los miles de feminicidios cada año, y en aumento. Pienso en las mujeres pobres, violentadas y aguerridas de este continente y no sé cómo hacen para resistir.

* * *

A María Elena Moyano la conocí en la ciudad de Lima en 1991. El entonces nuevo presidente del Perú, Alberto Fujimori, había impuesto una serie de medidas de austeridad económica, llamadas en conjunto «el paquetazo», que amenazaban con llevar a la desnutrición aguda a la mitad de la

población del país. Gracias al terror impuesto por un extraño grupo conocido como Sendero Luminoso, que se creía revolucionario, la migración del campo a la capital había multiplicado el número de habitantes de los «pueblos jóvenes» (callampas, suburbios, favelas, villas miseria) ubicados en los alrededores de la capital. Entre los pobladores estaban los desplazados por la pobreza del centro de la ciudad, los jóvenes sin educación o empleo, los lisiados en la guerra, las familias enteras de campesinos y las mujeres que solo hablaban quechua y no tenían ningún oficio que les sirviera para ganarse la vida en una ciudad y mujeres viudas o abandonadas en el caos de la guerra y los desplazamientos.

Los nuevos pueblos se establecieron sin electricidad ni agua potable en las vastas extensiones del desierto que rodea Lima. Sus pobladores improvisaron viviendas con esterita: esteras de palma tejida de dos por tres metros. Los más pobres usaban una o dos esteras y cuatro palos para hacerse un techo. Otros conseguían cuatro esteras y con eso hacían un cubo con alguna privacidad, pero sin techo, y todos poco a poco iban ahorrando hasta lograr el cuarto completo: cuatro paredes y techo de palma tejida. Una llegaba a las afueras de Lima y no entendía esos cerros pelados color arena, salpicados de cuadrángulos de estera sin techo, techos de estera sin muros, caminos que eran apenas huellas un poco más oscuras que la arena, marcados por los pasos de los habitantes. La tuberculosis resistente a los antibióticos hacía estragos en la población; hubo brotes de otra enfermedad, el cólera, que no se veía hacía medio siglo. Conversando recientemente con una de las pioneras de un pueblo joven, nos acordábamos de cómo fueron aquellos tiempos: el pueblo se había fundado en una marisma, y el agua

se infiltraba por la arena hasta llegar a humedecerla. «Al principio teníamos que dormir en el suelo en esas condiciones», me dijo. «A veces llovía, y yo tenía que meter a mis hijos debajo de una mesita que teníamos, para que comieran sin que se les llenara de agua la sopa». Era una pobreza completamente desprotegida, diferente a la que yo había conocido hasta entonces en todo el resto de América Latina.

De todas las aldeas suburbanas a donde llegaron los desplazados por la pobreza o por la violencia, la más grande, más antigua y, con mucho, la más organizada era, y es, Villa El Salvador. María Elena Moyano llegó de niña a vivir allí con su familia, y era todavía adolescente cuando descubrió el activismo político. Hay personas que se entienden a sí mismas a través del activismo, y Moyano era así. Estar entre la gente, entusiasmarla, enfrentar el poder del Estado y lograr que abra las puertas, no descansar, entregar logros, organizar a las personas a su alrededor les da vida, oxígeno, sentido e identidad a les activistes nates.

Los pueblos jóvenes de Lima lograron sobrevivir a la década de Fujimori en gran medida porque miles de mujeres como Moyano se volvieron activistas. Se incorporaron al trabajo voluntario en clínicas para el pueblo, organizaron cocinas populares llamadas «ollas comunitarias», y se apuntaron a un programa, copatrocinado por el Estado y las mujeres participantes, llamado Vaso de Leche. El programa había sido creado seis años atrás por el primer alcalde socialista de Lima, Alfonso Barrantes, y la idea era garantizarles a niños y madres una cantidad suficiente de calorías diarias por medio de un desayuno nutritivo. Con «el

paquetazo» se había duplicado el número de solicitantes del programa, pero lo llamativo de la propuesta de Barrantes es que si bien el Gobierno suministraba los alimentos, las mujeres participantes organizaban ellas mismas su distribución. Esto tuvo consecuencias políticas interesantes, sobre las que escribí en su momento.

> «Yo creía que era malo que me vieran fuera de mi casa», me dijo una mujer llamada Matilde Valenzuela. «Pero nos hacía falta la ayudita, así que empecé a cooperar con Vaso de Leche. Servía la leche con una mano y con la otra me tapaba la cara de vergüenza. Pero resulta que me eligieron jefe de manzana, y luego coordinadora regional del asentamiento, y luego coordinadora general de nuestros cuarenta asentamientos. La organización tiene tanto éxito que ahora hasta nuestros hombres se quieren meter, así que estamos negociando: si nos dejan entrar a la suya, les damos oportunidad. ¡Pero no quieren! Tienen envidia. Nos acusan de que acaparamos la comida por motivos políticos… ¡Nuestros hombres!».
>
> Valenzuela hablaba entre las risas y los guiños de las otras mujeres que la escuchaban. «Pero es porque saben que la organización política en torno a la comida es importante», dijo a manera de conclusión. «Y que ellos solo sirven para hablar». Carcajadas generales[3].

Tan importante se volvió Vaso de Leche que llamó la atención de Sendero Luminoso, que también tenía militantes

refugiados en la inmensa extensión de Villa El Salvador. Comenzó una batalla por el control del territorio.

Una mañana de septiembre de 1990, después de haber negociado el paso en varios retenes improvisados, que supuse eran manejados por senderistas apostados en lo que sería la entrada de sus zonas de control, encontré a María Elena Moyano en un claro arenoso en el centro de Villa El Salvador. Era espigada, piel café, peinado afro, pómulos altísimos, y estaba pegada a un megáfono, gritando sus reclamos a un Gobierno que amenazaba con matar de hambre a la mitad de sus ciudadanos. A lo largo de cuatro décadas como reportera he entrevistado a cientos, tal vez a más de mil personas; no tengo idea, porque de la inmensa mayoría no me acuerdo. Pero de María Elena Moyano, que casi no se apartó del megáfono para contestar media docena de preguntas mías, sí que me acuerdo, no solo porque irradiaba un sentido de propósito abarcante, ni porque cada aspecto de su físico reflejaba energía y fuerza, ni por lo que ayudó a lograr en el movimiento de mujeres, sino también porque, un año y medio después de mi recorrido por Villa, un grupo de senderistas interceptó a Moyano cerca de esa misma plaza, cuando ella regresaba de un día de playa con sus dos hijos y un sobrino. Moyano hizo a un lado a sus acompañantes, les dijo «esto es para mí», y esperó al grupo de asesinos. La mató de un tiro una senderista joven, y, a pesar de que su sobrino les rogó, llorando, que no le hicieran más daño, los senderistas le ataron un taco de dinamita al cuerpo y prendieron la mecha. Moyano tenía treinta y tres años.

* * *

Me acuerdo también de Esther Chávez, contadora pública jubilada y columnista de un periódico local en Ciudad Juárez, Chihuahua. Vivía sola en una casita muy mona en un barrio residencial de Juárez, ciudad fronteriza que queda al otro lado del río Bravo de El Paso, Texas. Tenía macetas llenas de frondosas plantas en su antejardín, una mecedora y un sillón en la sala, donde se sentaba al final de la tarde a tomarse un güiskicito, o tal vez dos, o quizás de vez en cuando tres; no era para menos. Transmitía una imperturbable tranquilidad a pesar de que todos los días le llegaban las amenazas más detalladas y obscenas a su teléfono, y a la casa o a la oficina que ocupaba en la organización que había fundado: Casa Amiga. No era Casa Amiga en sí, que se dedicaba a aconsejar y dar refugio a mujeres maltratadas, la que le granjeaba tanta amenaza a Chávez, sino su terca insistencia en llevar la cuenta de la cantidad de mujeres y jovencitas desaparecidas o asesinadas en Juárez desde 1993, año en el que el hallazgo del cuerpo de una niña de trece años, violada, golpeada y ahorcada, hizo que Chávez empezara a contar.

Una llegaba a casa de Chávez y se enfrentaba a unas cajas repletas de recortes de periódico en las que había que ponerse a bucear. Aparecía la nota sobre la niña de trece años, salían otras sobre mujeres acuchilladas e incendiadas; alguna registraba el hallazgo del cadáver de una mujer violada y con los senos cercenados antes de morir. En el papel amarillento vivían de nuevo las que eran apenas unos cuantos huesos y un montón de cenizas al lado de una carretera. Una, y otra, y otra, horror tras horror, cada vida reseñada en unas cuantas líneas de las páginas rojas de los diarios locales, hasta que, en gran

medida gracias a la insistencia de Chávez de seguir documentando y denunciando, el escándalo de las muertas de Juárez se volvió mundial.

Dada la insolencia con que los representantes del Gobierno de Juárez y Chihuahua rechazaban nuestros pedidos de información, las cajas llenas de recortes de Chávez fueron por mucho tiempo el principal material de referencia que nosotres les reporteres tuvimos a disposición. Gracias a ese material, y a las listas armadas por Chávez con ese material, fue posible elaborar una tipología de las víctimas: adolescentes, trabajadoras de fábricas o de almacenes, pelo negro muy largo, ojos grandes y oscuros. (Cuando llegué a casa de Chávez en el 2003, todavía no sabía que el tipo preferido de mujer entre los narcotraficantes del estado de Sinaloa corresponde precisamente al de la mayoría de jóvenes asesinadas. La primera ola de feminicidios en Juárez —más o menos entre 1993 y 1998— corresponde casi exactamente a la estadía en Juárez del traficante sinaloense Amado Carrillo Fuentes, que algún lambiscón bautizó como «el Señor de los Cielos» antes de la muerte del gánster en 1997).

Todo el esfuerzo de Chávez, de les reporteres que pasamos por Juárez, y de todas las organizaciones de apoyo, nacionales y del mundo, no han servido ni para presionar a las autoridades de Juárez a que hagan una investigación que dé con los verdaderos culpables, ni para impedir que los feminicidios sean cada año más numerosos en todo el país.

Cito del artículo que escribí en aquel entonces:

> «¿Sabes?», me dijo Chávez la primera tarde que fui a hablar con ella. «Cuando empecé a buscar información sobre estos asesinatos, y me fui enterando de cómo habían muerto estas chicas, me pasé noches sin dormir. No podía dejar de pensar en cómo habrían sido sus últimas horas, en cómo habrían rogado que les llegara la muerte».
>
> Hizo una pausa larga y dio un sorbito a su whiskey antes de seguir. «Y yo que creía que nomás era cuestión de empezar a sacar la información para que la gente se enterara de lo que estaba pasando. Pensé que eso bastaría para ponerle un alto. Creí que en unos cuantos meses se acabaría [el horror]. Y ya pasaron diez años y no ha cambiado nada»[4].

Eso es lo que admiro de Chávez. Por eso la recuerdo. Porque soportó años de amenazas que nunca mencionaba, en una ciudad donde reinaba el terror contra las mujeres, y porque el trabajo que hacía para provocar semejante odio le parecía inútil, y sin embargo no dejó un solo día de seguir insistiendo, reclamando, jodiendo.

Esther Chávez murió de cáncer el 25 de diciembre de 2009.

* * *

Escribo estas líneas bajo el impacto del anuncio hecho esta mañana por los jefes de la nueva disidencia de las Farc-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército Popular). Después de sesenta y dos años de inútil guerra,

repetidos intentos por negociar un acuerdo de paz entre las fuerzas guerrilleras y el Gobierno, transcurrieron tres años bajo el acuerdo de paz firmado por fin en 2016, en los que el país vio cómo las tasas de homicidio bajaban a las cifras de los tiempos de la paz, se reactivaba la industria y Colombia se volvía un país amable, conocido por sus paisajes y sus artistas y no por sus muertos. Pero ayer una partícula disidente del anciano grupo guerrillero anunció su decisión de volver a las armas. En el video, los líderes de este retorno al pasado, en traje de camuflaje, como antes, posan frente a una bandera revolucionaria de las de antes. El más viejo del grupo, anciano, gordo —sordo también, por lo que se ve— y además ciego, es el más enfierrado. Posa orgulloso con un fusil AK-47, aparentemente sin haberse enterado de que el furioso líder guerrero que combatió a las Farc hasta llevarlos al borde de la derrota ha trabajado sin descanso, año tras año, para llevarlos justamente a este retorno a los viejos tiempos, porque al igual que ellos, tampoco sabe vivir sin conflicto.

«Ni se dan cuenta de que a nosotros ya no nos interesan esos cuentos de rifles y combates», me dijo el peluquero esta mañana, con la noticia todavía fresca. Pero en el salón, y luego al mediodía en un restaurante repleto, y en otro restaurante repleto a la hora de la cena, la gente hablaba en voz baja y hacía los cálculos de su destino bajo el renovado mando de la violencia.

Propongo otra estatua, esta con múltiples figuras:

Sobre un campo de cadáveres yacentes, un guerrillero viejo, gordo y ciego, arma en ristre y en pose heroica, dispara a tontas y a locas (¿o cómo más puede disparar un ciego?). Frente a él, una figura de caudillo en ruana apunta al cielo

con dedo flamígero, mientras con la otra mano reparte fusiles a un cortejo reptante de esqueletos.

* * *

Los hombres se ocupan en sus guerras —no sé si será porque como no llegan del trabajo a ocuparse de la comida y de las tareas de los hijos y de la ropa sucia, les sobra tiempo libre—. Mientras tanto las mujeres a las que les han matado hijos, padres, compañeros, hacen esfuerzos por inventar la paz. Los hombres que hacen la guerra no se han dado cuenta de que la guerra requiere de personalidades dementes, mientras que a las mujeres que logran sobrevivir al horror no les queda otra que ser sensatas, y entender que la historia de la violencia es circular y el pacifismo trata de descubrir el camino que va hacia adelante. Fue el caso de Marielle Franco, *vereadora*, o concejal, de Río de Janeiro.

No la conocí, pero venía de un universo que me ha sido familiar: las terribles y gloriosas favelas de Río de Janeiro. Pobreza y lucha, desempleo abismal y creatividad inagotable, violencia y carnaval: las favelas nutren Río de Janeiro de personalidad, música, mano de obra y fiesta. Ocupan tres o cuatro veces el territorio que ocupa el Río turístico con el que todos hemos soñado, y son una vasta extensión de cerros y llanuras separados del mar por una pequeña serranía. Los abruptos cerros, o *morros*, que pueblan la llanura son casi pura piedra, y por lo tanto sería prácticamente imposible asentar edificios con buenos cimientos ahí, aun con maquinaria moderna. Por eso es que los cerros están recubiertos de

favelas, barrios de extrema pobreza cuyos habitantes van construyendo, cuarto por cuarto, viviendas precarias de ladrillo o latón. En los llanos de las lejanías hay favelas planas, por así decirlo, y también barrios multiétnicos de clase media. Pero desde 1888, cuando Brasil se convirtió en el último país del hemisferio en abolir la esclavitud, los negros libertos, que no contaban con empleo, capacitación, proyecto nacional del Gobierno para ellos y ni siquiera compensación económica por el atroz uso que se había hecho de sus personas, fueron recalando en esos cerros que nadie más quería, y con razón: cada vez que llueve fuerte alguna vivienda trepada en una ladera resbala y colapsa. Cuando llueve fuerte siempre hay muertos, y en Río llueve fuerte cada año. Los barrios del Río del sur, que miran hacia el mar, son blancos. Las favelas del Río del norte son mayoritariamente negras.

Brasil es, como todos los países en donde prosperaron los regímenes esclavistas, un país criminalmente racista. Al igual que el antisemitismo, el racismo es una enfermedad que nace de la envidia, la culpa, el deseo vergonzante, la furia. Es la forma en que el opresor se justifica ante sí mismo, pero hasta hace poco era raro encontrar a un brasileño blanco que de forma abierta se declarara racista. Una visitante cualquiera simplemente iba notando la ausencia de dueños negros de carro, meseros negros, profesores de universidad negros, doctoras negras… Quedándose un poco más de tiempo, podía llamarle la atención la sobrepoblación de empleadas de servicio negras y desempleados negros. Al inicio del mandato del presidente Luiz Inácio da Silva, mejor conocido como Lula, daba yo una charla en Harvard sobre el carnaval, y al comenzar a hablar del racismo brasileño, unos brasileños entre

el público me interpelaron: «¡*O Alma, isso ja acabou*! ¡Ya no hay racismo tanto así! ¡Te está haciendo falta volver a Brasil ahora!, ¡tienes que ver!». *Guau*, pensé yo. *Ojalá sea cierto que el virus del racismo se puede eliminar por decreto*.

En efecto, bajo el mandato de Lula y después en el gobierno de Dilma Rousseff, con alcaldes tan progresistas y comprometidos como ellos (aunque también escandalosamente corruptos, para decir toda la verdad) el Gobierno nacional y los municipales dieron becas a quien quisiera estudiar, abrieron guarderías en las favelas para las madres trabajadoras, crearon programas de empleo, construyeron infraestructura elemental, multiplicaron los programas de identidad para comunidades afrobrasileñas y comunidades afrobrasileñas gays, lésbicas y trans. Los habitantes de Río del norte exprimieron hasta la última gota de jugo de las oportunidades que se les ofrecían, y cuando regresé a Río, veinte años después de mi anterior estadía, vi con asombro que ahora había meseros afro, taxistas afro, secretarias, estudiantes universitarias y científicas afro. Pero eso solo quería decir que las comunidades afrobrasileñas, sobre todo las de las favelas de São Paulo y Río de Janeiro, habían gozado por fin de condiciones que les permitieron a algunos ocupar el lugar que realmente les correspondía en la sociedad. No significó en lo absoluto que se hubiera acabado ni la pobreza ni el racismo: quien vea un excelente documental llamado *Al filo de la democracia* entenderá cuán articulado estuvo el plan «anticorrupción» para derrocar el Gobierno de una mujer incorrupta, Dilma Rousseff, y acabar con su padrino político, Lula. Con un discurso ofensivamente antiecologista, antiizquierda y sobre todo antiafrobrasileño, antigay y

antiindígena, una nueva ultraderecha explotó todos los temores de clase y el larvado racismo de la nación, y llevó a la cárcel a Lula, y a la presidencia a un antiguo capitán del ejército, Jair Bolsonaro, demagogo e ignorante como pocos.

«Alguien ya vio a un japonés pidiendo limosna por ahí?», dice el cretino. «[No]. Porque es una raza que tiene orgullo. No es igual a esa raza que está ahí abajo [¡!]». Y así como esa declaración desvergonzada, hay cientos; una al día. «Yo ya fui a un quilombo [un resguardo para poblaciones raizales]. El afrodescendiente más ligero allá pesaba siete arrobas [una medida usada para referirse al peso del ganado; una arroba es igual a quince kilos]. No hacen nada. Me parece que ni para reproductores sirven ya».

* * *

Me ha parecido necesario empezar a hablar de Marielle Franco colocándola en el contexto del racismo de su país, porque su asesinato en marzo de 2018 fue parte de la oleada de odio antiafro que acompañó el surgimiento de Bolsonaro, electo por una cómoda mayoría en octubre de ese mismo año, y presidente desde julio de 2019.

Nunca la conocí, y no sé si Franco se consideraba parte de la cultura carnavalesca, pero me resulta fácil pensar que sí. Mujer bella, con cara de leona y la gran melena correspondiente, jugaba con los diferentes estilos de peinado afro, intentaba crear nuevos códigos con vestidos que reflejaban la herencia de su cultura, tenía en su pasado una adolescencia entera bailando funk. Como el carnaval, gozaba de la libertad de los transformistas; su orientación sexual pudo

abarcar con tranquilidad un matrimonio temprano con el novio de su juventud (del cual nació su única hija) y una relación de más de quince años con la mujer con la que se iba a casar formalmente el mismo año que la mataron. Orgullosa favelada, nació en el Complexo da Maré, una inmensa localidad cubierta de viviendas hechas a mano, que eran prácticamente lo que cualquier viajero veía a la salida del aeropuerto internacional de Galeão, hasta que las autoridades municipales mandaron cubrir toda esa pobreza con un pudoroso muro antes de las olimpiadas de 2016.

Arrancó su vida laboral a los once años, vendiendo al lado de sus padres en un puesto callejero, y terminó como intelectual socialista, graduada universitaria en Sociología, activista comprometida con los derechos gays, lésbicos, afro y simplemente humanos. Cuando la mataron estaba iniciando una carrera política que prometía ser de éxito; en los meses que siguieron a su muerte fueron aprobadas tres de las cinco iniciativas que había propuesto con su partido en la asamblea legislativa de Río. A semejanza del carnaval, tenía una capacidad notable de abarcar y asimilar lo pasado y lo nuevo, lo trivial y lo inmenso. No sé si en privado era reflexiva y seria; en las entrevistas suyas en YouTube así parece. Pero en las manifestaciones proyectaba una enorme energía vital y alegría en la lucha, como quien desfila por el sambódromo.

No quiero exagerar este paralelo entre la vida de Marielle y el carnaval, pero está en su esencia misma. No en balde a los pocos meses de su muerte, el desfile de la organización carnavalesca más tradicional de Río de Janeiro, la bienamada Escola de Samba Estação Primeira de Mangueira, con sede en la favela de Mangueira, decidió nombrarla en su canción de

desfile de carnaval y dedicar una de sus alas, o contingentes, a exaltar su figura.

Los desfiles del carnaval de Río de Janeiro son un asunto serio. Las favelas que tienen *escola de samba* dedican meses a planear el carnaval: deciden el tema, escogen entre muchos concursantes el samba-guion que ilustrará el tema durante el desfile, construyen los inmensos carros alegóricos que «narran» el tema, y costuran las *fantasias*, o disfraces, que normalmente son muy elaborados y cuestan lo que una persona de una favela puede ahorrar en un año, o mucho más. Marielle murió en marzo de 2018. A mediados de ese mismo año, Mangueira ya había decidido su tema: una revisión de la historia que se aprende en los libros. En el primer carro alegórico del desfile, los retratos de museo de los condes, virreyes y duquesas de la historia oficial eran suplantados por negros con lanza e indígenas de cerbatana. Esta *comisión de entrada* lideró un desfile dedicado a los constructores conocidos y anónimos del verdadero Brasil —indígenas, esclavos, favelados—. En el último contingente venían los activistas de los movimientos populares de Río de Janeiro, vistiendo trajes muy sencillos fabricados en los colores insignes de Mangueira: verde y rosa. En las banderas enormes que agitaban, el rostro de Marielle. Y en la camiseta de su compañera, una consigna: *Lute como Marielle*. Luche como Marielle.

Desde antes de su elección como *vereadora*, cuando coordinaba la comisión de derechos humanos de la asamblea legislativa del estado de Río de Janeiro, denunció al batallón 41 de policía por ser el responsable del treinta por ciento de los asesinatos en las zonas pobres de Río de Janeiro (como en

muchos países nuestros, quien viva en zonas marginales, y vea que se aproxima un policía, hará bien en correr). Marielle tampoco era famosa. Y aunque militaba en *contra* de muchos abusos de las fuerzas de Gobierno, su mayor actividad era en *pro*: promulgó, por ejemplo, una ley que establece guarderías nocturnas para las mujeres que trabajan turnos de noche; promovió un «Dossier de la mujer carioca», para registrar todos los casos de atención (o falta de esta) para las mujeres en oficinas del Gobierno de Río, y lideró una fuerte campaña en contra de la violencia sexual. Entonces, ¿por qué fue que el 14 de marzo de 2018 unos sicarios siguieron el auto en el que viajaba Marielle con un conductor y una colaboradora, emparejaron su carro con el de ella en un semáforo y la mataron a balazos junto con Anderson Gomes, el conductor?

Se ha establecido que fue un excapitán de la policía, integrante de una pandilla de policías y expolicías de ultraderecha conocida como la Oficina del Crimen, quien la ejecutó (aunque muchos piensan que la instrucción venía de bastante más arriba; de estructuras relacionadas con los hijos del presidente Bolsonaro). En todo caso, las razones que dio el policía cuando fue detenido casi un año después —que Marielle era comunista, que estorbaba el trabajo de una estructura paramilitar— no parecen suficientes. Río es una ciudad violenta, pero los crímenes cometidos por el Estado son escasos, y más aún contra quien finalmente era, al igual que su verdugo, una representante del Gobierno local. Son muches les que piensan que el motivo fue otro: mataron a Marielle por ser quien era: negra, lesbiana, mujer e insumisa. Si hubiera sido casada, y tan siquiera un poco más blanca… Si hubiera pedido permiso antes de protestar…

* * *

Marielle Franco; Esther Chávez; María Elena Moyano; la jueza Mariela Espinosa, de Medellín, Colombia, asesinada por el narcotráfico por atreverse a enjuiciar el narcotráfico; las mujeres mayas del territorio zapatista del estado de Chiapas, México… Son miles las mujeres heroicas, anónimas o reconocidas, que se han forjado duramente en la práctica, las emergencias y la reacción al dolor más extremo. Y como complicación adicional, se enfrentan simultáneamente al machismo narcotraficante, paramilitar, pandillero, militar, y al patriarcado que reprime todo intento de cualquier grupo marginal (les trans, las mujeres, los campesinos, las mujeres campesinas) de penetrar con voz y voto en el círculo cerrado de la sociedad que cuenta. Muchas nunca dijeron *soy feminista*, aunque las recordemos así. Las más de las veces las mujeres salen a la calle no en defensa de sus propios derechos sino de la democracia, el medio ambiente, los desplazados, la violencia contra las mujeres, o por los hombres con los que han compartido su vida —incluso cuando alguno de ellos habrá sido golpeador o celoso o irresponsable— y que ahora se encuentran muertos o desaparecidos. Son mujeres que se forman en la contingencia de los desplazamientos y las masacres; que llegan por esa vía a la conciencia de sí mismas como mujeres, y por extensión, como feministas; que no han tenido pausa para elaborar una teoría de lucha, y que sin embargo han logrado siempre colocarse a la vanguardia de los temas más urgentes de este mundo que hoy está en peligro de apagarse. Por poner un ejemplo: estoy convencida de que los

estudiosos del medio ambiente tienen razón, que la mayor amenaza que tenemos hoy día es la extinción, si no de la especie humana, sí de la sociedad tal y como pobre y malamente la hemos podido construir a través de los siglos. Berta Cáceres, indígena hondureña, luchó en defensa de los otrora inmensos bosques nativos de su país, del pueblo lenca al que pertenecía, y en contra de una represa que dañaría irremediablemente un río que pasaba por territorio lenca. Fue asesinada por órdenes de la compañía constructora de la represa.

Con el capitalismo tardío de hiperconsumo hemos llegado a un callejón que puede resultar sin salida: gracias al acelerado cambio climático es más que posible que los niños de hoy acaben viviendo en un mundo donde la supervivencia y la pelea por el agua sean lo único que importa. Los científicos y los organismos internacionales que monitorean el cambio en el clima lo advierten cada vez con mayor urgencia.

Frente a eso, ¿se puede ser exclusiva o prioritariamente feminista? *¿Qué es más importante, compañeras: el fin del mundo o los problemas de las mujeres*? Pues en este caso, válgame Dios, no tengo idea de la respuesta. Podría irme por el camino fácil y decir que sin la revolución de las mujeres no habrá solución a la crisis ecológica, pero no estoy segura de que sea cierto. Mírenme aquí, otra vez mordiendo el lápiz y tecleando y borrando lo que aparece en la pantalla, aburrida ya de tanto pensar inútilmente. No sé. Solo puedo adelantar lo que por el momento me parece que tal vez sea verdad: que podemos ser mujeres actuando como tales dentro del mundo, y que eso es bueno. Corresponde a las mujeres apurarse a ocupar posiciones de poder y liderazgo de movimientos populares.

Solo así se podrá participar igualitariamente en la construcción de un mundo nuevo, que ojalá encuentre un equilibrio entre la tecnología y la naturaleza; entre hombres, mujeres, transexuales y alternativos de todo tipo; entre consumo y ahorro, longevidad y juventud, sabiduría y renovación. Creo —es una opinión— que un mundo así, tolerante y pacífico, podría permitirnos llegar a un futuro para todos.

Entonces, vuelvo a mi pregunta inicial: ¿será que se puede ser feminista sin ser activista? ¿Y será que se puede ser activista, y feminista, sin ser activista del feminismo? Es decir, ¿el feminismo es una forma de ver el mundo, una práctica cotidiana o una militancia? ¿O puede ser cualquiera de las tres cosas? ¿Y una mujer que comparte algunos pero no todos los ideales y las ideas de un grupo militante es traidora? ¿O es válida la tolerancia?

Estoy trampeando esta última pregunta, pues creo que ha quedado claro que yo tengo la tolerancia como valor imprescindible al interior de los movimientos sociales. Me acuerdo de Miguel d’Escoto, un cura nicaragüense, militante del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que después del derrocamiento del dictador Anastasio Somoza fue ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno sandinista. Tenía sentido del humor, cosa que siempre se agradece en un militante, y solía bromear diciendo que lo que la Iglesia católica tenía que aportarle a la izquierda revolucionaria era su gran experiencia con el sectarismo.

Lo anoto aquí para advertir de un gran peligro.

Por lo demás, resulta extraño plantearse el tema del feminismo en este punto de la trayectoria humana. Por un lado

es una revolución impostergable, pero por otro es muy posible que su momento haya pasado. Estamos ante una crisis, la del medio ambiente, que nos puede llevar al final de los tiempos, y en simultánea ante otra revolución que apunta directo al futuro, la de la tecnología y la inteligencia artificial. Hoy día ya se puede prescindir de los hombres para asegurar la continuación de la especie: existen el semen congelado y la inseminación artificial. Pero mañana lo más probable es que se pueda prescindir de las mujeres también. Falta poco para que sea realidad la tecnología que permita llevar un embrión a término, completamente por fuera del útero humano. (Como también la posibilidad de implantar un útero en un hombre que desee vivir la experiencia de gestar). Y si hemos de creer a los artesanos que trabajan aceleradamente en el desarrollo de la inteligencia artificial, falta poco para que los seres humanos de carne y hueso no hagan falta. Habremos creado —si no logramos acabar primero con el planeta— inteligencias ambulatorias enteramente artificiales y supuestamente inmortales, que nos suplantarán por completo. Hay quien contempla ese futuro con emoción.

* * *

Siempre que puedo, me siento en mi jardín a ver crecer mi limonero y las begonias, y a contemplar a las hormigas que corren aceleradamente a mis pies, tan seguras de a dónde van, tan obsesivas e implacables, tan infinitésimas. Mi jardín, verde, fresco y silencioso, es para ellas el universo. Por temporadas lo devoran: un fresno inmenso y de follaje

rumoroso al atardecer puede amanecer sin una sola hoja. Una anciana thunbergia de flores moradas, que era mi deleite, desapareció para siempre en cuestión de días, consumida desde la raíz. Las hormigas trabajan y trabajan y no saben ni para qué. Y yo me veo como ellas, menos que un átomo en una galaxia, y trato de entender cuál es mi papel, cómo es que estamos al mismo tiempo luchando por que dejen de matar a niños negros en las favelas, y por que haya cuidado médico de igual calidad para mujeres ricas y pobres que deseen abortar, y que nos encontremos simultáneamente a las puertas de nuestra posible transformación como especie —de seres pesados, llenos de huesos, sangre, muelas, heces, sueños y llanto, a seres inmateriales que residen en máquinas. Veo los artículos sobre el incendio de la Amazonía propiciado por el presidente de Brasil, Jair Messias Bolsonaro —que así es el nombre completo del personaje, *Messias*— y no sé si estoy llorando de miedo o de dolor.

Veo a las hormigas, pienso estas cosas, me mareo, y me refugio en las palabras, armando en una pantalla el rompecabezas de mi pensamiento. ¿Han visto, o han leído, la serie de Harry Potter? ¿Se acuerdan que cuando el profesor Dumbledore se siente particularmente turbado o confuso se encierra en su estudio, extrae con su varita mágica el hilo plateado de sus pensamientos enredados y lo vierte en una especie de fuente encantada, el *pensieve*, donde puede ver con distancia y claridad las cosas que le preocupan?

Eso, para mí, es la escritura. Si logro en unas páginas aclarar las causas de un ataque de pánico irracional y convertirlo más bien en miedo a cosas concretas, me tranquilizo, porque por lo menos sé por dónde voy pisando.

Soy escritora, y soy testigo de mis tiempos. Ese es el papel que me ha tocado. No tengo madera de militante, ni aspiro a ello, pero puedo, por lo menos, ir aclarando mi pensamiento, y esforzándome por que mis pasos me lleven por algún buen camino. Porque también respeto mucho a Doc Brown, que en la vieja película *Volver al futuro* necesita convencer al protagonista adolescente de una teoría enn apariencia fantasiosa: *podemos cambiar el futuro desde el presente.* No todos podemos ni debemos dar pasos heroicos. Ni es de humanes ser inflexibles e infaltablemente consecuentes con lo que creemos. Pero quizás podamos intentar ayudar a otras que posean el fuego suficiente para ser heroicas. O ser, entre todas, heroínas.

* * *

El otro día daba yo una vuelta por un parque que es tal vez mi rincón predilecto en toda la turbulenta Ciudad de México; un parque al lado del cual he pasado la mayor cantidad de años de mi vida y que, a pesar de que hoy se ha puesto desastrosamente de moda, en días de semana sigue siendo un lugar apacible y hermoso. Un sol sonriente filtraba su luz a través de los árboles, el agua cantaba en las fuentes, y los autollamados *hipsters* de la zona paseaban a sus obligatorios perros de rescate. Un muchachito que no tendría más de veinte años iba con su perro por el parque, vistiendo una camisa ya muy usada y deslavada. Me pareció increíble el dibujo que traía en la espalda: era el torso de una mujer desnuda, sin piernas ni brazos, y cercenado transversalmente a la altura de

los hombros, de manera que en el torso sin cabeza se veía el supuesto interior del cuerpo, que tenía forma de filete.

Me acerqué al muchacho, le pedí que se volteara para ver mejor la figura, le pregunté si de veras creía que las mujeres no tenemos cabeza, y que no está mal pintarnos como si fuéramos un corte de carne. Y después del regaño —yo, que soy tan calmada— me alejé un poco preocupada por mí misma: ¿no sería que voy camino a transformarme en una de esas ancianitas que se la pasan regañando a todo el mundo y repartiendo paraguazos a diestra y siniestra?

¿O será que soy feminista?

3. Alma Guillermoprieto (1995). «Lima, 1991», *Al pie de un volcán te escribo*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.

4. Alma Guillermoprieto (2011). «Un centenar de mujeres», *Desde el país de nunca jamás*. Barcelona, España: Debate.


No quieras engañarme,
no quiero usura cero
¡Quédate tu plan techo
devuelve mis derechos!




Rua
Marielle Franco
(1979-2018) Vereadora, defensora dos Direitos Humanos e das minorias, covardemente assassinada no dia 14 de março de 2018.
307
20260-080 Estácio
a vida d
ulher


B.A




VASO de
LECHE
CODIGO-20-COMITE-02
CECOVISA
LOS OLIVOS
ZONAL 5



POSDATA

Si les parece que parte del motivo de este texto es rendir homenaje a las mujeres que hicieron posible que llegáramos hasta donde nos encontramos hoy, tendrán razón. Otro motivo es constatar que frente a la inmensa tarea que confrontan las mujeres hoy —cambiar el mundo— existen antecedentes: el mundo ya cambió. Las mujeres ya cambiaron el mundo. Toca el siguiente capítulo, pero hay que darse prisa, porque no queda mucho tiempo.

ÍNDICE DE IMÁGENES

© Nacho López (1953). Fotografía de la serie «Cuando una mujer parte plaza por madero». Tomada del libro *Nacho López: Fotógrafo de México. Homenaje.* José Antonio Rodríguez y Alberto Tovalín Ahumada et al. Ciudad de México, 2016: Museo Palacio de Bellas Artes.

Guido Reni (ca. 1620-1625) *Susanna y los ancianos*. © Auckland Art Gallery. Disponible en commons.wikimedia.org

© Richard C. Miller/Donaldson Collection/Getty Images (1958). Billy Wilder, Marilyn Monroe y Maurice Chevalier en el set de la película *Some Like It Hot*.

La mode sous Louis XIV (ca. 1870-1900). Digital Commonwealth Massachusetts Collections Online. Disponible en www.digitalcommonwealth.org

© Pan, Yi & Qin, Ling & Xu, Mian & He, Yin & Bao, Juan & Guo, Xian & Shu (2013). Foto de un estudio sobre la masa ósea en mujeres chinas de edad avanzada que se vendaron los

pies, *International Journal of Endocrinology.* Disponible en www.hindawi.com

© Manuel H. Rodríguez (1957). El voto femenino en Colombia.

© Penguin Random House Grupo Editorial (2019). Collage con retrato de Gregory Pincus cortesía de la National Library of Medicine. Otras imágenes de Getty Images.

Rascacielos: © Getty Images; director de orquesta: © Getty Images; ilustración de Penguin Random House (2019).

© Jesús Abad Colorado (2010). Foto tomada en la vivienda de Rosa Fince, una de las líderes wayúu asesinada por paramilitares en abril de 2004.

© Penguin Random House Grupo Editorial (2019). Collage con retrato de John Stuart Mill. Imágenes de Getty Images y Wikimedia Commons.

© REUTERS/Oswaldo Rivas (2017). El 8 de marzo un grupo de mujeres protesta en Managua con motivo del Día Internacional de la Mujer.

© REUTERS/José Luis González (2017). El 24 de noviembre, activistas y familiares de mujeres desaparecidas se toman de las manos en el arroyo El Navajo, en Ciudad Juárez, durante una ceremonia con motivo del Día de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer.

© REUTERS/Santiago Moraes (2019). El 8 de marzo, en las manifestaciones del Día de la Mujer en Río de Janeiro, una mujer sostiene una pancarta en la que se lee «Calle Marielle Franco», como tributo a la activista y concejal asesinada.

© John Gibler (2007). Encuentro de mujeres en Caracol de la Garrucha, Municipio Autónomo Rebelde Zapatista de Francisco Gómez, Zona Selva-Tzeltal, México.

© Francesco Corbelletta (2018). Escuela Mujeres en Escena de la Corporación Colombiana de Teatro interpretan la obra *Mujeres rompiendo el silencio* dirigida por Patricia Ariza en Bogotá, Colombia.

© AFP Photo/Marie Hippenmeyer (1996). El 20 de junio unas cuatro mil mujeres de los comités de Vaso de Leche marcharon por las calles de Lima para protestar contra el proyecto de ley aprobado por el Congreso peruano, que descentralizaría el reparto de desayunos para los sectores más pobres del país.

© REUTERS (2019). La escuela de samba Mangueira interpreta la canción *La historia que la historia no cuenta* en el carnaval de Río de Janeiro como homenaje a Marielle Franco.



Magistral. América Latina ya tiene su Orwell.»

David Remnick

En este lúcido ensayo, Alma Guillermoprieto se descubre interrogándose a sí misma sobre su feminismo. Su duda es a la vez un recorrido por su pensamiento, sus recuerdos y una serie de vivencias que van resignificándose a la luz del actual resurgimiento de la revolución de las mujeres: el #MeToo, las nuevas masculinidades, la ética. Con su conocimiento excepcional de la realidad de América Latina, la autora hace una profunda reflexión sobre lo que significa ser feminista en un continente violento y patriarcal en el que las mujeres que han perdido la tierra, sus hijos y sus esposos deben defender su vida y la de otras mujeres como ellas. Su aproximación al feminismo es como su periodismo: libre de doctrina, repleta de preguntas y provista de las pistas necesarias para encontrar respuestas.

ALMA GUILLERMOPRIETO

Reportera y escritora mexicana, desde hace más de cuarenta años se dedica a escribir sobre las luchas y glorias del mundo latinoamericano. Entre sus libros están *Samba* (1990), *Al pie de un volcán te escribo* (1995), *Las guerras en Colombia* (2000), *La Habana en un espejo* (2005), *Los placeres y los días* (2015) y *Desde el país de nunca jamás* (2012), una selección de sus mejores crónicas hecha por Claudio López de Lamadrid. Algunos de los premios que ha recibido son el MacArthur Fellowship, el International Women's Media Foundation y el Ortega y Gasset por su trayectoria. En 2018 fue galardonada con el Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades.

Título: *¿Será que soy feminista?*

Primera edición: febrero de 2020

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © Ana Juan

ISBN 978-958-5581-17-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice